



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA



FACULTAD DE TEOLOGÍA

“CUMPLASE TU VOLUNTAD EN MÍ”

La abnegación y la humildad, medios para buscar y hallar la
voluntad divina en la vida de Santa Rafaela María

Autor: Emma Catherine Kirwan-Avila, aci
Director: Dr. Nurya Martínez Gayol, aci

MADRID
Junio 2019



COMILLAS

UNIVERSIDAD PONTIFICIA



FACULTAD DE TEOLOGÍA

“CUMPLASE TU VOLUNTAD EN MÍ”

La abnegación y la humildad, medios para buscar y hallar la
voluntad divina en la vida de Santa Rafaela María

Autor: Emma Catherine Kirwan-Avila, aci

Visto bueno del director

Dr. Nombre del director del trabajo

Fdo.

Madrid, _____

Introducción

En 2017, el Papa Francisco visitó la comunidad de la Curia de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. En el libro de visitas, escribió “Vine a agradecer a Santa Rafaela María todo el bien que me hizo su ejemplo. La lectura de su vida (varias veces) me ayudó a vivir un momento muy difícil. Gracias!”

Esta experiencia al aproximarse a la vida de santa Rafaela del Papa, ciertamente no es única. Su historia resulta impactante por su dureza, pero una lectura profunda de ella revela con claridad que el verdadero drama no fue la tensión y el subsecuente aislamiento que sufrió como general y exgeneral de la Congregación que fundó (aunque estos sucesos sí juegan un papel importante como contexto). La real historia fue la del proceso de progresiva entrega de todas sus cosas y a sí misma con ellas [cf. *Ej* 234] que aconteció en lo escondido de su alma y corazón en presencia de Dios y que, a pesar de estar dando grandes frutos, apenas podía ser percibido por los demás. Sin embargo, fue un recorrido tan permeado por la gracia auténtica que, desde las profundidades de su interior, fue generando una onda cuyo efecto seguimos notando hoy a través del carisma del Instituto que fundó y del cual se convirtió en cimiento sólido. Es esto lo que perciben las personas cuando se acercan a su biografía.

El Maestro Eckhart escribe: “jamás hubo mayor virilidad, mayor guerra, ni mayor combate, que olvidarse de sí mismo y perderse”¹. El olvido de sí resulta muy contrario a nuestra tendencia natural de colocarnos en el centro de nuestro propio mundo. La llamada a centrarnos en otro, incluso cuando se trata de *él* Otro, nos choca y muchas veces respondemos con mil justificaciones, normalmente “bajo capa de bien”, para mantener nuestro puesto como dueños y jefes de nuestras propias vidas. La llamada de Cristo a dejarse morir para encontrar la vida verdadera se topa, hoy y siempre, con aquel instinto de autopreservación, que se resiste a la posibilidad de perderse a uno mismo. Queremos vida y vida en abundancia, sí, pero nos cuesta asumir del todo que el camino para conseguirla pasa por la muerte.

Los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio se acercan a esta problemática con gran lucidez, ayudando al creyente a ir adentrándose poco a poco en la llamada a seguir a Cristo y de imitarle en su humilde, confiada e irrestricta acogida de la voluntad del Padre y su vivir centrado en Él, y de ir liberándose, o dejándose liberar, de las ataduras y

¹ Maestro Eckhardt, *El fruto de la nada y otros escritos*, Ediciones Siruela, Madrid 1998, 150.

repugnancias que obstaculizan el “buscar y hallar” la voluntad de Dios. Como veremos, la humildad y la abnegación son instrumentos potentes y necesarios en este proceso, ya que se trata de desplazarse uno del centro y dejar a Dios ocupar el espacio que ha vaciado. Son dos temas fuertes en los *Ejercicios* por esta razón.

Los eran también en la vida de Santa Rafaela María, quien las reconocía como claves para el camino a que se sentía llamado. Este camino le adentraba en la “guerra” a que se refiere el Maestro Eckhart, la de vencerse a sí mismo y de olvidarse por completo para poderse ofrecer entera para ser transformada a través de la de identificación con Cristo en la Tercera Manera de Humildad.

El ejemplo de Santa Rafaela es tan sugerente por la mezcla de sencillez y profundidad que caracterizaba su fe y por la singularidad del enfoque con el que perseguía la voluntad de Dios a través de un proceso paulatino pero radical de descentramiento y entrega. Rafaela no era una gran teóloga ni especialmente original en su manera de expresar su experiencia de Dios. Su genio particular se revelaba en el ámbito de la praxis: era fiel, lúcida, convencida, coherente y, quizás más significativo, se sabía y se experimentaba amada con un amor capaz de todo. De eso no podía ni siquiera dudar. De la experiencia base de ese amor brotaba el deseo que la consumía de hacer un retorno de amor, de dejarse conformar totalmente por Cristo y de, “como pueda”, servir, alabar y dar gloria a la divina majestad, sirviendo y atrayendo a los demás hacía Él.

En este trabajo, exploraremos el sentido y la experiencia de abnegación y de humildad en la vida de Santa Rafaela. Examinaremos cómo su manera de vivirlas, en lo cotidiano y en lo trascendental, fue vinculado estrechamente con su manera de entender y acoger la voluntad de Dios, horizonte que orientaba toda su vida.

Haremos algunas referencias también a la experiencia espiritual de San Ignacio, padre y maestro espiritual para Rafaela. Aunque sus vidas se desarrollan de formas muy distintas exteriormente, se pueden percibir algunas similitudes importantes entre sus experiencias de Dios y los temas y procesos que les apasionaron. Eso fue, sin lugar a duda, porque en el camino hacia la santidad, Rafaela echaba mano de las herramientas y de la sabiduría ignacianas. Lo fue también porque todo camino de santidad converge en torno al Dios Uno, pasando necesariamente por algunos descubrimientos esenciales que posibilitan el abrirse y entregarse de forma cada vez más plena en manos del Autor y Regalador de la Vida.

La metodología que hemos empleado es el análisis de los textos primarios de Santa Rafaela y San Ignacio (en particular los apuntes espirituales y cartas de la santa y los *Ejercicios Espirituales*), apoyándonos en escritos secundarios relacionados con nuestros temas. La estructura que seguiremos será similar para ambos conceptos (abnegación, humildad). Comenzaremos introduciendo el concepto que vamos a examinar, explicaremos su relevancia en los *Ejercicios* y examinaremos su presencia y significado en la vida de Rafaela. El capítulo primero lo dedicaremos a la abnegación y el segundo a la humildad, dedicando una sección a la Tercera Manera de Humildad, por la especial relevancia que tuvo en la vida de Rafaela. En esta subsección, mantendremos el mismo esquema general de los capítulos: concepto, *Ejercicios*, Rafaela.

Rafaela se dedicó a cultivar la abnegación y la humildad con una profundidad e intencionalidad tremendas. Lo hizo con las categorías y el lenguaje espiritual y teológicos de su tiempo, pero también, enraizada en su propia experiencia de Dios, innegablemente influida por su práctica de los *Ejercicios* y su amistad espiritual con varios Jesuitas. Su historia nos ofrece una ventana privilegiada a través de la cual podemos asomarnos a las dinámicas de la abnegación y la humildad, no menos importantes hoy, para el camino de seguimiento y entrega, orientado siempre por el mayor servicio, alabanza y gloria de Dios. Disponiéndose para ello, pidiendo y confiando en la gracia de Dios, siempre mayor y siempre generoso, uno encuentra la vida.

Capítulo I

La abnegación

1.1 El concepto de la abnegación

Según el *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, la palabra, que procede de *negar* (lat. NĒGĀRE), aparece primero en 1578 en un escrito de San Juan de Avila². El *Diccionario de Autoridades* lo define como:

“entera y total renunciación, con que uno se desprende de su propio querer y voluntad, y aun de otra cualquiera cosa. Es voz puramente Latina *abnegatio*, y usada en lo que mira a lo moral, y perfección Cristiana. Fr. Luis de Gran. Symb. Part.3. trat.3. cap.3. Esta es aquella *abnegación* y cruz del Evangelio, y aquella mortificación a que tantas veces nos convida el Apóstol. Nuñ.Empr.17. Es la castidad un fragante, sobrenatural, y gloriosa *abnegación* del ser humano”³.

No sorprende la ausencia de la palabra en el *Tesoro de la Lengua Española* de Covarrubias, dado que entra en el lexicón pocos años antes de la publicación de este y muy probablemente no figuraba todavía en el lenguaje común.

En un artículo sucinto y magistral sobre el tema de la abnegación en el proceso espiritual de San Ignacio de Loyola, José García de Castro describe las condiciones que posibilitan la abnegación verdadera y ofrece una definición de la abnegación ignacianamente entendida, que tomaremos como punto de partida en este trabajo.

Encontramos en San Ignacio un camino que evoluciona desde el afán de prevalecer y una identidad enraizada y sostenida por sus propios méritos y éxitos hacia una búsqueda totalizante de la voluntad de Dios que conlleva un desplazamiento de su propio “yo” del centro de su universo y una lúcida entrega de sus planes y su ser en manos de Dios, quien reconoce como centro verdadero. Es un camino que pasa por varias fases: empieza entendiendo la vida como prevalecer en una batalla, reafirmandose con el cultivo de un autoimagen vana e inflada y da paso al sorprendente descubrimiento de otros horizontes de sentido y nuevos valores, específicamente los de los santos que nacen de la vida y

² “Negar”, en *Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, Crominas, J. y Pascual, J. (eds.), Editorial Gredos, S.A., Madrid 1981, 221.

³ “Abnegación”, en *Diccionario de Autoridades*, Editorial Gredos, S.A., Madrid 1969, 12-13.

enseñanzas de Jesús⁴. Ese descubrimiento abre una vía hacia otro, el de la alteridad. Habiendo experimentado reacciones internas diferentes al leer sobre las hazañas de los santos y sobre las de los caballeros, Ignacio empieza a caer en la cuenta de la existencia real y eficaz de las *mociones* de varios tipos que le afectan y que pueden llegar a condicionar sus decisiones. Cae en la cuenta de que comparte su interior más íntimo con “espíritus” que le conmueven. Ese descubrimiento representa un giro definitivo en su manera de entenderse a sí mismo, ya que le cierra la posibilidad de seguir bajo la ilusión de ser dueño absoluto de sí mismo. No solo pueden estos “espíritus” provocar mociones y sentimientos, sino que, dejados sin examinar, tienen la posibilidad de engañarle y llevarle fuera del camino que desea y que le conviene.

Reconocerse “habitado” por diversos espíritus precipita una crisis muy importante en la vida de Ignacio. Empieza a ver que su itinerario hasta aquel momento había estado fuertemente determinado por lo que él denomina el demonio, el enemigo de la naturaleza humana. Este descubrimiento es un golpe duro a su autoconcepto y le adentra en una experiencia de angustia existencial. Su sistema de valores, su autoimagen y su manera de comprender el mundo se desploman y se reconoce como insuficiente en sí mismo para dar sentido a su propia vida. Esta experiencia de ruptura le pone en posición para poder buscar ayuda y sentido más allá de sí mismo- específicamente en Dios- y para reconocerse como criatura radicalmente contingente, necesitado del Creador. Esta situación se convierte en ocasión para recibir nueva visión, ser despertado “como de un sueño”, y no por su propia decisión, sino por la gracia de Dios, porque “nuestro Señor le había querido librar por su misericordia” [Aut 25]. De aquí podemos concluir que la apertura al Otro y el saberse dependiente de su gracia se revelan como condiciones de posibilidad para la abnegación.

Desde el reconocimiento de su ser “recibido”, Ignacio emprende un camino, para él insólito, que le lleva cada vez más hacia el desprendimiento total de sí para así poder centrarse en Dios, fuente y posibilitador de vida. Es un proceso que, partiendo de la

⁴ Muchos de los valores que va descubriendo son diametralmente opuestos a los que, hasta entonces, habían orientado su vida y su integración adentro a Ignacio en una etapa desconcertante: “Uno a uno, todos los aspectos importantes de su vida al estilo de los caballeros, empiezan a ser sustituidos por sus contrarios, porque contrarios eran según sus conclusiones, los espíritus que le agitaban” (entrecomillado en García de Castro, J., “El lento camino hacia la lúcida entrega”, *Manresa* 73 (2001), 333-355, 344). Para Ignacio, las lecturas de su convalecencia en Loyola juegan un papel muy importante en ese proceso, pues es en los libros donde primero encentra la materia que le remueve por dentro y le abre un nuevo horizonte.

conciencia de su condición de criatura, conduce hacia una entrega lúcida que abarca todas las dimensiones y potencias de su persona.

Quizás podemos resumir la lógica de esa entrega de forma muy coloquial así: si soy de Dios y mi mera existencia depende de Él; si Dios es bueno y amoroso y merecedor de toda confianza; si sus planes son siempre buenos y justos, aunque a veces opacos para el entendimiento humano; si estoy hecho para Él, entonces ¿no debo hacer lo necesario para alinearme con Él, cueste lo que cueste, en términos de mi propio amor querer e interés? La capacidad y deseo de entregarse así presupone, en adición a la conciencia (regalada) de la propia necesidad del Otro, una imagen adecuada de Dios que facilita la confianza radical. También presupone la voluntad y capacidad de vencerse a uno mismo. El camino de la entrega es el camino de abnegación.

García de Castro describe así la abnegación ignaciana:

“La abnegación no es primero un ejercicio de la libertad que consista en una negación de algo de mi yo o de mi mundo; tampoco un ejercicio de mortificación voluntaria de aquello ya sentenciado como “desordenado”. La abnegación se va configurando en la medida en que el yo se va entregando y se va entregando en la medida en que se va conociendo, porque no es posible entregar de sí mismo aquello que ignora, por muy buena voluntad que pueda tener al pronunciar la oración de [EE 98]. La lucidez es para la entrega; el solo dato de crecer en autoconocimiento, de haber sido “iluminado” es insuficiente. La persona ignacianamente abnegada es pues la persona lucidamente entregada, la que se va dando hasta el límite de sus posibilidades, pues la abnegación permanece siempre en gerundio, haciéndose. Tal entrega es un progresivo confiar en Cristo en el marco de la experiencia porque uno ha descubierto lo que Él ha hecho “por mi” y sigue haciendo en las dimensiones más fundantes, no periféricas, de mi ser”.⁵

Este proceso de entrega progresiva requiere lucha ya que no es nada fácil desprendernos de nuestras “cosas” y de nosotros mismos con ellas. Duele porque afecta a lo más nuclear de la identidad de uno, y como es un proceso continuo, implica vivir *venciéndose* a sí mismo.

Dada la tendencia humana de evitar dolor innecesario, iniciarse en este proceso normalmente solo ocurre tras una experiencia límite en que uno llega al término de las propias posibilidades y se descubre insuficiente en sí mismo para dar sentido a la vida.

⁵ García de Castro, J., *op. cit.*, 347-348.

Provoca una apertura nueva y una búsqueda más allá de “mis” recursos y capacidades. Es una experiencia de ruptura, de probar “la angustia de la radical inmanencia” y produce un “giro hermenéutico”⁶, un movimiento desde la visión del *yo* como centro y dueño de mi vida hacia una perspectiva que reconoce a Dios como fuente, centro, sentido y meta de ella. Esa segunda perspectiva la encontramos resumida de forma elegante y sucinta en el Principio y Fundamento, en los Ejercicios Espirituales [*Ej* 23]. En este sentido, podemos decir que los Ejercicios presuponen, ya desde el principio, un cierto nivel de abnegación previa o por lo menos la capacidad de acoger un planteamiento antropológico que reconoce al hombre como radicalmente necesitado de Dios y destinado a la entrega de todo su haber y su poseer al Creador. Entrega que demanda esfuerzo e indiferencia y que es necesaria para la salud de su ánima. Entrega que se logra con la ayuda del “amor y gracia” de Dios y que lleva al hombre a la realización del fin para que es creado.

Precisamente por acontecer a un nivel tan fundamental, ese proceso de descentramiento responde a los deseos más profundos del ser humano – el deseo de unión con Dios y con todo lo que existe, de sentido, de verdad en el amor – y por eso ejerce una atracción fuertemente seductora a pesar del dolor que implica. Venciéndose a sí misma y entregándose en manos de Dios para vivir como parte de su plan amoroso, uno descubre su verdadera identidad y felicidad. Paradójicamente, abrazando su pobreza existencial, confiándose a Dios y dejándose guiar solamente por el norte de la Su voluntad, descubre que no le falta nada de lo necesario: “dadme vuestra amor y gracia que ésta me basta”. Por tanto, el camino de “vencerse a sí mismo” debe ser reconocido como una experiencia de consolación⁷. Veremos luego cómo Santa Rafaela fue capaz de atravesar con una paz y una alegría profundas incluso los momentos y circunstancias más dolorosas precisamente porque los entendía como parte del designio de Dios para con ella y con el mundo.

Como hemos visto, la abnegación, vivencia que resulta de la práctica de negarse a un mismo, parte de una reorientación vital que resulta del reconocimiento de la alteridad y de la propia limitación. La persona abnegada se sitúa en un plano más allá del de los propios intereses. La abnegación cristiana acontece siempre en el contexto de la relación con Dios y tiene como fin responder con libertad y docilidad a Sus invitaciones, “buscar y hallar” su voluntad con un corazón indiviso. Es una respuesta, no automática pero sí natural, de descubrir que uno ni es Dios ni es dueño de nada (aunque sí beneficiario de

⁶ García de Castro, J., *op. cit.*, 347; 349.

⁷ Cf. *Ibidem*, 348.

todo) y de reconocerse como habitante “«en el mundo *de Dios*», y por lo tanto, no en el «mío», ni siquiera en el nuestro, sino primeramente en el «de Dios»”⁸.

a) Relación con la misión

Sin una vivencia profunda de esa realidad y una acogida libre de la misma, la misión cristiana, el servicio a Dios se vuelve elusivo, porque el centro sigue siendo la persona y sus planes. Como ocurre con la afección desordenada que “impide la pura intención del divino servicio, pues mezcla dos intenciones”⁹, el no reconocer el señorío absoluto de Dios elimina la posibilidad de un servicio bien orientado. En otras palabras, sin descentrarnos de nosotros mismos, no es posible centrarnos en Dios y su voluntad. La abnegación implica un “desalojo del ego, para que ese espacio sea ocupado sólo por Dios”¹⁰.

La cualidad de nuestra intención es determinante en el momento de buscar, elegir y actuar. El *desde dónde* actuamos es de suma importancia. Los *Ejercicios Espirituales* remarcan este hecho cuando, insisten en que, “en toda buena elección...el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado” [Ej 169]. La elección exige libertad frente a las propias ataduras y así los *Directorios* instan a que el que elige lo haga con “entera resignación de su voluntad, y si es posible, que llegue al tercer grado de humildad” y “quien no está en la indiferencia del segundo grado, no está para ponerse en elecciones”, [D1, 17]. Es el descentramiento abnegado lo que hace posible la indiferencia y una verdadera simplificación interior, tan importantes en toda elección y en la búsqueda y vivencia de la voluntad de Dios.

b) Tarea y don

La abnegación es tarea y don. Implica actividad y receptividad. Es tarea en el sentido de que tiene que ser deseada y cultivada, implicando la libertad de la persona. Si el camino espiritual es una batalla, como San Ignacio lo describe en muchas ocasiones, uno tiene que participar de forma activa si quiere avanzar. El P. Arrupe decía, “para San Ignacio, la autodisciplina es abnegación, mortificación, salir del propio amor, querer e interés”¹¹. Sin una implicación decidida, se retrocede o se está derrotado directamente, porque “el

⁸ Ibidem, 349.

⁹ García Domínguez, L., “Afección desordenada” en *Diccionario de la Espiritualidad Ignaciana*, Grupo de Espiritualidad Ignaciana (ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 93.

A partir de aquí, utilizaremos la fórmula siguiente para artículos del Diccionario de Espiritualidad Ignaciana: García Domínguez, L., “Afección desordenada” en *DEI*, 93.

¹⁰ Martínez Gayol, N., “Santa Rafaela María y las Reglas 11 y 12”, 48-49.

¹¹ Citado en Martínez Gayol, N., *op. cit.*, 51.

enemigo de la naturaleza humana” está siempre activo, echando “redes y cadenas” para atrapar y engañar al hombre [Ej 142].

Sin embargo, la abnegación es también don. El “abrir un poco los ojos” que permite percibir un horizonte nuevo y entenderse de forma diferente, llega necesariamente como gracia desde fuera de uno mismo. No se puede buscar lo que no se sabe que falta. La primera luz tiene que venir de algo o de alguien más, en este caso, Dios. Ahora bien, una vez vislumbrada la realidad de la alteridad de Dios que nos rodea y sostiene y de quien todo procede, la persona puede elegir abrazar (o no) de forma consciente y deliberada el camino de la abnegación. De ahí emerge la idea de una *lúcida* entrega. Pero primero tiene que haber recibido una pista.

c) Requiere la confianza

La confianza en el Dios bueno que nace de la experiencia personal de su amor es otra clave esencial para transitar el camino de la abnegación. Como hemos visto, desplazarse del centro y abandonarse en manos de otro, aun cuando ese otro sea Dios, no es nada fácil. En seguida surgen resistencias y el instinto de autopreservación. Sin un esfuerzo deliberado, uno no avanzará en el camino de la entrega. Pero para que la abnegación sea verdaderamente cristiana y no un ejercicio de masoquismo, ha de nacer y ser alimentada por una viva experiencia del amor de Dios, un amor absoluto, inquebrantable. Vivir y trabajar de forma cristianamente abnegada implica que nuestra vida está “absolutamente atada a [Dios] y pendiente de Él, es decir, centrada en Él, descansado en Él, confiada en Él, abandonada en Él, toda dependiente de Él y toda movida por Él”¹². Por eso, se puede llamar consolación a algo que, por otra parte, cuesta tanto.

Todo el camino de la entrega acontece dentro del marco de la relación con el Dios de infinita bondad y de Vida inagotable, revelado en la carne por Jesucristo. Ese Dios que atrae y seduce con una potencia y una delicadeza que brotan de la magnitud y veracidad de su oferta de amor. Por esta razón, aunque la abnegación conlleve un esfuerzo a nivel moral, si es auténtica, su ejercicio va siempre teñido por y tendiendo hacia la plenitud del amor loco y humilde que busca unirse con el amado a toda costa. Veremos esa dinámica reflejada en las Maneras de Humildad de la segunda semana de los *Ejercicios Espirituales* y en la experiencia de Santa Rafaela

d) Relación con la obediencia

¹² Martínez Gayol, N., *op. cit.*, 50.

La abnegación es inseparable, en el pensamiento ignaciano, de la obediencia y las dos están ordenadas “exclusivamente al servicio de Dios”¹³. La obediencia a Dios, en el caso de los religiosos, mediada por la relación con los superiores legítimos, *requiere* la abnegación a la vez que la refuerza y alimenta. Significa dejar de lado el propio “amor, querer e interés”, los juicios y la voluntad propios, para poder escuchar y responder a lo que Dios quiere. La obediencia responsable implica que uno escucha a su conciencia, discierne y manifiesta la verdad que ve en la conversación con los superiores, a la vez que estar dispuesto a ver a Cristo en estos y a acoger sus juicios como los suyos (asumiendo que no hay pecado por medio). La práctica de la obediencia refuerza la abnegación en el sentido de que, a través de ella, la persona se entrena en este arte. La recomendación de la Regla 12 del Instituto subraya la importancia de desarrollar un “hábito” de descentramiento al decir que el “mayor y más intenso oficio” de cada una “debe ser buscar en el Señor Dios nuestro su mayor abnegación y continua mortificación en todas las cosas posibles”¹⁴. La mortificación del propio querer es medio para “vencerse a sí mismo”, arma contra la soberbia y el impulso hacia la autosuficiencia, ambos diametralmente contrarios a la escucha dócil y el servicio humilde de la voluntad divina. La escucha atenta y respuesta libre y fiel de Jesús quien vivía para “hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra” (Jn 4, 34) es el modelo de la obediencia y la abnegación cristiana.

1.2 La abnegación en los EE

Antes de entrar en el estudio más concreto de la abnegación en los *Ejercicios Espirituales*, vamos a fijarnos en su presencia en algunos de los textos fundacionales de la Compañía de Jesús.

Como hemos indicado, para San Ignacio, la abnegación fue un tema clave en la vida espiritual que entendía como inseparablemente vinculada a la obediencia y a la misión. Es “el fundamento debido” sobre la cual se edifica la formación de un Jesuita [Co 307]. Más aún, en el Examen para los que desean entrar en la Compañía, refiriéndose a los deseos propios de la tercera manera de humildad, se recomienda “para mejor venir a este tal grado de perfección tan precioso en la vida espiritual, su mayor y más intenso officio

¹³ Pallin, R., “Abnegación” en *DEI*, 70.

¹⁴ La Regla 12 viene directamente del número 103 de las *Constituciones* de la Compañía de Jesús, pero suprime la última frase: “Y el nuestro, ayudarle en ellas cuanto el Señor Dios nuestro nos administrare su gracia para gloria y alabanza suya”. Las “Reglas de la Congregación de las Religiosas Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús” fueron suprimidos con la publicación de las nuevas *Constituciones* de 1983.

debe ser buscar en el Señor nuestro su mayor abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles” [Co 103].

La voz *abnegación* aparece con frecuencia (15 veces) en las *Constituciones* y, desde el principio, ha sido subrayada como imprescindible para la misión y el seguimiento de Jesús al estilo jesuítico. Se contrapone a la soberbia y a la búsqueda que procede del propio querer e interés. La obediencia, asumida plenamente, no solo en el actuar sino también en el parecer es presentada como arma potente contra la soberbia e instrumento en favor del desarrollo de la abnegación.

Aunque el término no aparece explícitamente en el texto de las *Deliberaciones* de 1539, se hace presente en forma de una disposición a obedecer, negando el propio juicio y voluntad y al seguir el juicio de otro:

“...mientras uno está verdaderamente pronto para [obedecer], negando su propio juicio y toda su voluntad, estará siempre en actos heroicos y que aumentan el mérito. Igualmente, nada debilita tanto toda soberbia y arrogancia como la obediencia...porque sigue siempre el juicio ajeno y la voluntad de otro, cede a todos y se acompaña estrechísimamente con la humildad, que es enemiga de la soberbia”¹⁵.

La palabra *abnegación* sí aparece en las versiones de la *Fórmula del Instituto* de 1540 y 1550, siempre vinculada con la obediencia, en concreto con la que asumen los jesuitas profesos con el cuarto voto en relación con el Santo Pontífice. En la versión de 1550 se explica la razón de este vínculo especial entendido como parte de la búsqueda de “una mayor devoción a la obediencia de la Sede Apostólica y mayor abnegación de nuestras voluntades, y por una más cierta dirección del Espíritu Santo”¹⁶. Podemos concluir que, desde el principio de la Compañía, la abnegación tiene un lugar importante tanto en el buen funcionamiento del cuerpo apostólico al servicio de Dios dentro de la Iglesia, como en el progreso espiritual de sus miembros.

En la versión Autógrafa de los *Ejercicios Espirituales*, no encontramos el término (sí en las primeras adaptaciones y textos latinos). Sin embargo, aquí también, el concepto de la abnegación está muy presente y juega un papel central en su lógica interna. Pascual

¹⁵ Deliberación de los Primeros Padres 1539, *Monumenta Ignaciana, Series Tertia, I*, 1:7. El texto de las Deliberaciones recoge los frutos del discernimiento de los primeros compañeros sobre la manera en que Dios quería que vivieran su vocación con especial atención a las cuestiones de cuerpo en la dispersión y obediencia.

¹⁶ “Formula del Instituto (Texto sinóptico 3 redacciones: 1539, 1540, 1550)”, en *Constituciones de la Compañía de Jesús*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1993, 32-33.

Cebollada llega a describir el conjunto de los *Ejercicios* como “un camino de abnegación”¹⁷, siempre orientado hacia la salud del ánima y el mayor servicio, alabanza y gloria de la divina majestad. El concepto se hace presente en distintos momentos y toma diversas formas. En el cuadro encontramos varias voces relacionadas con la abnegación y sus ocurrencias en los Ejercicios¹⁸:

Términos	Frecuencia de aparición
Obedecer	5
Obediencia	4
Voluntad	21 (total)
- Divina voluntad o sanctísima voluntad	6
- “Mi voluntad” En boca del Rey Eternal [Ej 95]	1
Humildad	9
Humilde	1
Humillación	1
Humillar	3
Reverencia	13
Pobreza	16
Pobre	7
Vencer	7 (total)
- Vencerse a sí mismo	2
- Vencer “todo apetito desordenado”, “las tentaciones”, un “pensamiento”	4
Soberbia	4
Vano	10 (total)
- Vana gloria, gloria vana, vano honor	1 vez cada uno

¹⁷ Cebollada, P., “Del amor propio al amor de Dios: La abnegación en los Ejercicios Espirituales”, *Manresa* 73 (2001), 357.

¹⁸ Echarte, I. (ed.), *Concordancia Ignaciana*, Ediciones Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Maliaño 1996.

La obediencia es fruto natural (aunque libre, no automático) del encuentro entre la persona abnegada y Dios. Al reconocer a Dios, y no a uno mismo, como el centro, surge la pregunta por Su voluntad y el deseo de cumplirla. La reverencia hacia Dios da lugar a la humildad, el reconocerse pequeño y necesitado de Dios y de los demás, el no gloriarse en uno mismo sino acoger agradecido el ser creado y amado por Dios. Reverencia y humildad son condiciones de posibilidad de una verdadera abnegación. En su humildad, Cristo asume la condición de pobre y el ejercitante está invitado a cultivar los deseos de seguirle en este estado. Finalmente, porque la entrega total de uno mismo no se alcanza fácilmente, porque surgen resistencias, y porque la soberbia y la vanagloria amenazan a lo largo del camino de los *Ejercicios* (y de la vida espiritual) vuelve a ser necesaria la capacidad de luchar y de vencerse a uno mismo, quitando los obstáculos e impulsos que conducen a servir “su propio amor, querer y interesse” [Ej 189]. Eso, por supuesto, contando siempre con la gracia.

a) La marca de Dos Banderas

Cebollada presenta la meditación de “Dos Banderas” como punto de partida de una consideración sobre la abnegación en los *Ejercicios Espirituales*. En este ejercicio, uno se encuentra cara a cara con la realidad de la invitación de seguir a Cristo quien, en su servicio a la voluntad del Padre, abrazaba la pobreza, los oprobrios y la humildad. Arzubialde habla de un “nuevo sistema de valores proveniente de Dios”¹⁹. Acoger tal novedad y responder afirmativamente a la llamada de Cristo, tan contracultural y tan poca instintiva, requiere un grado importante de abnegación (y de coraje). Se trata, en primera lugar, de dejarse sorprender, cuestionar y reorientar por los valores de Cristo y, en segundo lugar, de vencer la tentación de huir del riesgo de “perder la vida” (Mt 16, 24-26). Esa tentación muchas veces viene disfrazada de sensatez e impulsada por un instinto visceral de supervivencia.

En la meditación de “Dos Banderas”, el ejercitante, que se ha ido “entrenando” su mirada y su corazón desde el Principio y Fundamento hasta este momento, realiza, o por lo menos ensaya, la entrega de sí en manos de Dios. No solo eso, sino también debe empezar a *querer* el camino nuevo que le es ofrecido, porque conduce a la “vida verdadera” [Ej 139]. Es una meditación que apela no solo a la mente sino también a la afectividad. Pedir ser puesto bajo la bandera de Cristo implica a toda la persona. Por otra parte, la sugerencia

¹⁹ Arzubialde, S., *Ejercicios Espirituales de San Ignacio: Historia y análisis*, Mensajero- Sal Tarrae, Bilbao- Santander 1991, 323.

de repetir cuatro veces este ejercicio y la presencia del triple coloquio resalta su importancia en el conjunto de los *Ejercicios*.

b) Formas de abnegación

Cebollada identifica cuatro formas de abnegación en los *Ejercicios*: la abnegación como conversión al amor de Dios; la abnegación “activa”; la abnegación externa (penitencia) y la abnegación en favor de otros. La primera y principal forma consiste en la disposición de someterse a un proceso de descentramiento del amor propio como centro y fuente de los intereses para abrirse a los deseos e intereses propios de Dios. “*Consiste en una actitud interior de ir progresivamente abandonando el yo como sede del amor propio, del que se desprenden todos sus intereses, y peregrinar hacía un nuevo yo abierto a los deseos que provengan de Dios*”²⁰. En el Principio y Fundamento [Ej 23], ya se da las claves de este proceso. Apuntan a la simplificación del “ojo de nuestra intención” [Ej 169] en las decisiones y a la unificación del corazón en Dios. La unificación requiere una postura de manos abiertas del propio ser frente a Dios, y esa apertura permite generar un espacio dentro de la persona que se irá llenando con los frutos de las contemplaciones de la vida de Cristo en la Segunda Semana.

La elección, hecha con la disposición de salir del “proprio amor, querer y interesse” [Ej 189], representa otra ocasión de abnegación del primer tipo nombrado por Cebollada, tanto la elección en sí (asumiendo que la persona procede según los criterios ignacianos) como el permanecer en el camino elegido en momentos de desolación. Elegir y mantenerse en el camino marcado por Jesús requiere cultivar un gusto por las cosas de Dios, educar los afectos y el deseo. La abnegación posibilita esa “educación” transformadora y crea la apertura necesaria para buscar y hallar el sueño de Dios. A veces, sin embargo, el camino pasa por momentos en que uno no llega a entender ni querer por sí lo que se le presenta, y entonces pide otro tipo de abnegación, el que ejemplifica Jesús en Getsemaní. Estos momentos de desolación reclaman la capacidad de confiar y esperar más allá de lo que uno puede ver y comprobar y de mantenerse fiel a lo que ha discernido que Dios desea de él. Las “Reglas de Primera Semana” ofrecen herramientas y consejos sobre cómo proceder en la desolación. Advierten contra el “hacer mudanza” y estimulan a mantenerse firmes en los “propósitos y determinación” anteriores [Ej 318]. Desde el principio de los *Ejercicios* se señala la importancia de esa confianza plena en Dios, aconsejando que el ejercitante entre “con grande ánimo y liberalidad (...) ofreciéndole

²⁰ Cebollada, P., *op. cit.*, 361.

todo su querer y libertad” [Ej 5]. Se trabaja la confianza, además, abrazando los medios que propone el método ignaciano: el modo y orden y la orientación de quien los acompañe.

“La Contemplación para Alcanzar Amor” [Ej 230-237] recoge los frutos del camino de abnegación recorrido por el ejercitante con la llamada a amar a Dios en *todas* las cosas, no solo en lo exitoso y placentero, sino en el conjunto de la historia y realidad personal y colectiva- incluyendo la debilidad y el sufrimiento- y a hacer una entrega confiada de “todo mi haber y mi poseer” a Dios. En el sentido Ignaciano, la persona abnegada vive en plenitud la ofrenda con que se concluye los *Ejercicios* [Ej 234]: “Tomad, Señor, y recibid, toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer...disponed a toda vuestra voluntad”. La razón y la motivación por una entrega tan radical es el reconocimiento del señorío único de Dios, fuente, fin y sentido de todo. La entrega confiada de todo el haber y el poseer se convierta en una opción viable cuando uno descubre que “no lo necesita más para su propio servicio, porque solo quiere lo que viene de Dios”²¹. En la abnegación, la persona ratifica y asiente a lo que *ya es*, pero que puede o no ser acogido: “Vos me lo disteis, a vos Señor, lo torno; todo es vuestro”.

Finalmente, los “Modos de Orar”, que pueden acompañar al ejercitante en su vuelta a la vida ordinaria, recuerdan a la persona su “bajeza” [Ej 258] ante el destinatario de su oración. Así recalcan la alteridad y la gran distinción entre el hombre y Dios que fundamentan la reverencia, e invitan, a través la sumisión, a priorizar los intereses de Dios sobre los propios.

La abnegación “activa” responde a la necesidad de “vencerse a sí mismo” frente a las resistencias y afecciones desordenadas que surgen. La repetida insistencia en el *agere contra* refleja la intuición ignaciana respecto a cómo enfrentar esas dificultades, intuición sin duda informada por la tradición de los padres y madres del desierto, pioneros de la lucha espiritual en la tradición cristiana. A través de las “Adiciones” y las varias “Reglas”, en especial las de la Primera Semana (pero también las que refieren a ordenarse en el comer y a los escrúpulos) los *Ejercicios* tratan de ayudar al ejercitante a llegar a ser “señor de sí” [Ej 216] y de domar aquello que le esclaviza e impide avanzar. Evidentemente, este señorío nos es absoluto, sino ha de ser entendido en sentido funcional, al servicio del seguimiento de Cristo, el único Señor.

²¹ Cebollada, P., *op. cit.*, 363.

La abnegación o penitencia externa, es secundaria a la interior y, como indica la Adición 10, fruto del dolor que uno siente frente a sus pecados. Las tres formas, “cerca del comer” [Ej 83], “cerca del modo del dormir” [Ej 84] y “dándole dolor sensible” a la carne (sin llegar a causar enfermedad) [Ej 85-86], buscan alcanzar los mismos tres fines. El segundo de estos tres objetivos es “por vencerse a sí mismo, es a saber, para que la sensualidad obedezca a la razón, y todas partes inferiores están más sujetas a las superiores” [Ej 87]. En este sentido, la abnegación busca liberar la persona de la tiranía de sus pasiones y pecados y capacitarla para un seguimiento más plena. Cebollada también incluye entre los ejemplos de abnegación externa que se da en los *Ejercicios* el esfuerzo de mantener el silencio; la constancia en el ejercicio; el compartir con transparencia en el acompañamiento; el “mudarse contra” la desolación y el afectarse “al contrario” de las afecciones desordenadas.

Finalmente, los *Ejercicios* van abriendo el ejercitante a Dios y a los demás, revelando que la abnegación verdadera repercute en la relación con el otro. En el momento clave de la elección, en que la persona se compromete con una forma particular sobre cómo mejor servir a Dios en *su* vida, se encuentra (en el segundo modo de hacer elección) con el consejo de “mirar a un hombre que nunca he visto ni conocido” [Ej 185]. Mirar más allá de uno mismo y de los proyectos personales puede ayudar al ejercitante a plantear su elección en un plano más amplio y a considerar con mayor generosidad su inserción en la Iglesia y en el mundo. Las Reglas sobre las limosnas [Ej 337-344] también dirigen el enfoque al otro y a sus necesidades. Finalmente, todo el recorrido de las cuatro semanas invita a la persona a tener constantemente a Cristo como referencia (hasta en su manera de comer) y le lleva a una sintonía cada vez mayor con Él, que es, a su vez, modelo perfecto del estar centrado en el Otro, en el Padre.

Todo lo dicho solo se puede afirmar desde una fe cuyo horizonte es la vida eterna, porque seguir la voluntad de Dios no garantiza resultados favorables según criterios terrenos. Cristo es el modelo perfecto de la abnegación y su vida, muerte y resurrección señalan el camino de plenitud de vida. Ese camino implica abajamiento y pasa por la cruz.

En conclusión, la abnegación tiene un lugar privilegiado en la espiritualidad Ignaciana y en los *Ejercicios Espirituales*. Su importancia principal deriva de su función posibilitadora del descentramiento requerido para donarse enteramente al proyecto de Dios; ese descentramiento que pide que, con la gracia, uno se venza a sí mismo y se libere de la tiranía de las afecciones desordenadas y del apego al “proprio amor, querer y interesse” [Ej 189]. Además, la abnegación es imprescindible para emprender y

perseverar en el camino que uno discierne como la invitación de Dios para él, siempre teniendo como modelo y guía a Cristo, cuyo modo de proceder desafía a la vez que atrae y libera.

1.3 La vivencia de la abnegación por Santa Rafaela

¿Dónde y cómo percibimos la abnegación en la vida de Santa Rafaela? La respuesta breve sería: en todas partes. Pero miremos más de cerca.

Las condiciones posibilitadoras del crecimiento de la abnegación en la vida de la santa están presentes desde su juventud. En primer lugar, en una conciencia viva y estable de su ser *de* Dios y, desde ella, de su total dependencia de Él para su bien y para capacitarla para hacer el bien. Esta conciencia se refuerza a través de las vivencias de oración que jalonan su vida y que podríamos describir como experiencias místicas. En segundo lugar, en su capacidad de acoger cambios radicales en sus planes y de buscar y hallar la mano y la voluntad de Dios para ella en las nuevas circunstancias a las que va a tener que ir dando respuesta. Así, por ejemplo, en el caso de su destierro en Roma, y en otras circunstancias dolorosas y duraderas. En tercer lugar, percibimos la profundidad y la autenticidad de su vivencia de la abnegación en el ejercicio de la obediencia a Dios y a sus mediadores; mediadores, en muchos casos, cuyas motivaciones y modos de actuar, sin entrar en su buena intención, fueron cuestionables. En último lugar, podemos afirmar que la vivencia de la abnegación en Rafaela fue sostenida por una confianza sin límites en Dios, confianza enraizada en la experiencia personal de ser amada por Él como “la niña de sus ojos”²².

A pesar de esta gran confianza, la entrega absoluta de sí misma reclamará esfuerzo y luchas. De hecho, trabajará con empeño para quitar los estorbos que pudieran impedir que Dios se posesionara completamente de ella. Buscaba hacerse indiferente frente a las opciones que tenía y cuando identificaba aquello a lo que Dios le invitaba, toda su energía se volcaba en acogerlo y vivirlo con Él y como Él. En este contexto hay que entender su disposición a abrazar toda oportunidad que le permitiera adentrarse en la vivencia de la Tercera Manera de Humildad.

a) Desde la contingencia a la entrega

²² Carta al P. Francisco de Sales Muruzábal (1893), n° 395, en Rafaela María Porras Ayllón, *Palabras a Dios y a los hombres* (Yañez, I., ed.), (Madrid: ESC, 1989), 604.

A partir de aquí, usaremos la siguiente fórmula para citar las cartas de Santa Rafaela: Carta al destinatario (año), *PDH*, número de carta, número de página en *PDH*.

En contraste con Ignacio, Rafaela no experimentó una gran conversión desde una vida “mundana” a una vida orientada hacia Dios. No encontramos una ruptura en este sentido. Sin embargo, como veremos más adelante, la muerte de su madre fue vivida por ella como una experiencia límite que le situaba rotundamente en el plano de lo trascendente y le revelaba “*la vaciedad y nada que son todas las cosas de la tierra*”²³ fuera de Dios.

Desde su infancia, la fe había sido algo totalmente estructurante en su vida. Sus padres brindaban a la familia ejemplos de fe integral que se ponía por obra, incluso cuando demandaba sacrificio. De ellos, Rafaela y su hermana, Dolores, aprendieron a vivir una fe activa y encarnada, en la que la relación con Dios se traducía en una vida entregada y comprometida con los demás²⁴.

Santa Rafaela tomó muy en serio, desde joven, su propio camino de fe. A los 15 años, hizo voto privado de castidad perpetua, sintiéndose llamada a entregarse por entero a Dios. No parece que viviera descontenta en medio del mundo, ni que lo percibía como una amenaza a la salud de su alma; de hecho, según lo que ella y los demás cuentan sobre sus primeros años, lo percibía como algo hermoso y bueno. Sin embargo, sentía una fuerte atracción hacia una entrega radical a Dios.

A partir de la muerte de su madre, cuando Rafaela tenía 19 años, ella y su hermana se volcaron en la actividad caritativa. Visitaban a los enfermos del pueblo y ayudaban económicamente con lo que tenían a los pobres de la zona²⁵. Cuando Rafaela y Dolores decidieron, por fin, hacerse religiosas, se toparon con una fuerte resistencia por parte de sus hermanos. Dolores describía los tres años antes de entrar en el convento de las Carmelitas Descalzas de Córdoba como un periodo de “lucha terrible” debido al rechazo de estos planes por parte de la familia²⁶.

²³ Ver cita completa en la nota 36.

²⁴ Su padre, Idelfonso, alcalde de pueblo donde se criaba, fue generoso con los campesinos de la zona. Era conocido que cuando uno moría sin haber pagado su deuda, él la cancelaba. Él mismo murió de cólera después de implicarse en la lucha contra la enfermedad en el pueblo en vez de llevar la familia fuera de peligro a Córdoba. Su madre, Rafaela, introdujo a sus hijas en la dureza de la vida real, llevándolas a visitar a los pobres y enfermos del pueblo.

²⁵ Se puede decir que estaban animadas por el celo de las principiantes y no sorprende que sus hermanos, guiándose por los costumbres y expectativas de su época y de su medio social, se alarmaran cuando descubrieron que sus actividades incluían visitas de noche a las casas de los enfermos y temieran por el patrimonio familiar. Intentaban frenar a sus hermanas, pero ellas seguían a escondidas, a veces involucrando a las pocas sirvientas que quedaban en la casa después de la muerte de su madre.

²⁶ Cita: Yañez, I., *Cimientos para un edificio*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1979, 25. Al final, con la ayuda del párroco de su pueblo, hicieron un plan que incluyó ir de visita al convento y, una vez dentro, avisar a su familia que no iban a salir. Para un tratamiento completo de los primeros años de Rafaela, véase: *Cimientos*, Capítulo II, 22-38.

En resumen, observamos en Rafaela una fe fuerte, activa y algo precoz. Fue regalo y herencia de sus padres, que, desde una edad temprana, hizo suya. Junto a su hermana, luchó para poder responder con generosidad a la llamada a vivir dicha fe como consagrada. A lo largo de los años este deseo de entregarse por completo fue probado y afianzado, hasta convertirse en el hilo conductor de toda la vida de la Santa.

i. Experiencia límite

Pero volvamos a la muerte de su madre, por su importancia en su maduración espiritual y por el giro que precipitaba en su manera de mirar al mundo, a las criaturas y a sí misma. Incluimos abajo sus palabras sobre aquel evento porque expresan con una claridad exquisita su importancia en la vida de la Santa:

“La muerte de mi madre, a quien yo cerré los ojos por hallarme sola con ella en aquella hora, abrió los ojos de mi alma con un desengaño tal, que la vida me parecía un destierro. Cogida a su mano, le prometí al Señor no poner jamás mi afecto en criatura alguna terrena. Y nuestro Señor, al parecer, cogió mi oferta, porque aquel día me tuvo toda ocupada en pensamientos sublimísimos de la vaciedad y nada que son todas las cosas de la tierra y de lo único necesario, que era aspirar a sólo lo eterno, que casi, o del todo, me desterró la pena. Esta jaculatoria o décima se me grabó de tal manera, que no sólo aquel día, sino toda mi vida, me ha servido de estímulo para la virtud: 'Yo, ¿para qué nací? Para salvarme...', etc. Continuaba cada día entrando más en mí, y la Providencia divina, que ya iba formando sobre mí sus designios, me ponía casi continuamente objetos a la vista que me fuesen cada vez más desengañando del mundo”²⁷.

Si en San Ignacio, el descubrirse como ser “habitado”, radicalmente contingente y dueño de nada (tras toparse con el derrumbamiento de sus planes y de la eficacia y legitimidad de su sistema de valores) precipitó un “giro hermenéutico” que le llevó a situarse como mendigo dichoso en el mundo “*de Dios*”, podemos decir que el efecto de la muerte de la madre de Rafaela actúa en ella en una línea similar. Salvando las diferencias evidentes en sus respectivos puntos de partida, ambos santos llegan a un momento límite en que el sufrimiento les revela su propia insuficiencia (y la de cualquier criatura) para dar sentido a la vida. Se les regala la conciencia de su pobreza existencial que les permite ver todas las cosas “*desde abajo*” (su verdadero lugar). Nada pueden solos, todo viene de Dios

²⁷ *Ae* 17 (1892), en Rafaela María Porras Ayllón, *Palabras a Dios y a los hombres* (Yañez, I., ed.), (Madrid: ESC, 1989), 1065-1066. A partir de ahora, utilizaremos la siguiente fórmula para los apuntes espirituales de Santa Rafaela: *Ae* (año), *PDH*, n° de apunte, n° de página en *PDH*.

como don y, en consecuencia, su tarea es simplemente abrirse a la voluntad del regalador, entregarse como criaturas en sus manos. Esa mirada da forma y funda la abnegación, entendida como la lúcida acogida de la realidad de ser criatura con vocación a vivir centrados en el Creador, dóciles a su voluntad.

A Rafaela, la muerte de su madre le “abrió los ojos” del alma para ver la inutilidad de todas las cosas fuera de Dios. Su vida testimonia el hecho de que esto no la llevó hacia un alejamiento o huida de la llamada a implicarse con los hombres en la tierra, sino hacia un modo de situar cada cosa en su justo lugar. La adentró de pleno en la lógica de los *Ejercicios Espirituales* que todavía no había conocido en aquel momento: la de buscar vivir en libertad frente a todo lo creado para perseguir solamente el fin para que había sido creada, para poder así discernir y cumplir la voluntad divina que se manifiesta en lo concreto de la vida.

ii. *Experiencias místicas*

Juan Martín Velasco describe, en términos generales, las experiencias místicas como

“experiencias interiores, inmediatas, frutivas, que tienen lugar en un nivel de consciencia que supera la que rige en la experiencia ordinaria y objetiva, de la unión- cualquiera que sea la forma en que se la viva- del fondo del sujeto con el todo, el universo, el absoluto, lo divino, Dios o el Espíritu”²⁸.

Los apuntes espirituales de la Santa testimonian la presencia de estas experiencias de unión con Dios. Representaban para ella fuentes de aliento y asombro y enriquecieron su visión de Dios, de sí misma y del mundo (la iluminación que recibió con la muerte de su madre podría entrar en este ámbito). Sin embargo, también van a ser provocadoras de sospechas y fuertes advertencias de su director espiritual en estos años, el P. Hidalgo, que, posiblemente pretendiendo ayudarla a evitar el peligro de dejarse engañar por experiencias seudomísticas, expresara desconfianza respecto a esas mociones. Ella deseando obedecer su consejo, aunque chocara con la certidumbre interior de que eran auténticas experiencias de Dios, relatará sus experiencias en la oración expresando también su deseo de cultivar “la virtud sólida” y una “gran repugnancia de las cosas extraordinarias, ansiando por no tenerlas nunca”²⁹. La historia de su vida revelará que ambas cosas se hicieron realidad en ella. Sin embargo, la distancia que, a veces, se daba entre su experiencia y la perspectiva de su director creaba una tensión dolorosa.

²⁸ Velasco, J. M., *El fenómeno místico*, Trotta, Madrid 2003.

²⁹ Ae (1887), *PDH*, nº3,1025.

Veamos algunas de las experiencias que marcaron profundamente a la fe de Santa Rafaela. En su comunicación sobre los *Ejercicios* de 1887, encontramos esa descripción:

“Veía yo como salir de Jesús un torrente de amor que parecía despeñarse hacia mi alma, pero al llegar a ella sólo podían alcanzarla algunas chispas porque se lo impedían obstaculillos que se interponían en el camino. Yo buscaba cuáles fuesen y entendí que el miedo que tenía a las ilusiones y el temor a pecar, que me tenían en continua lucha de espíritu. Y es así, que hace algún tiempo que nunca estoy tranquila por estos dos temores. Que más que ocuparme de tentaciones lo hiciese de obras. Esto es, que ligeramente o de prisa, quitase estorbos, y no me detuviese a mirar el agua detenida ni a remover el fondo que la enturbiaba. Como un claro arroyo que el hombre entendido quita los estorbos mayores para que corra con facilidad y no se vaya por los lados, porque sabe que la fuerza del agua sentará o llevará tras sí los menores; que así haría Dios en mi alma, que la fuerza del torrente arrastraría las imperfecciones, que lo dejase correr. ¡Ay Jesús mío, qué apuros! Le ofreció que sí y vino con una fuerza el amor que todo lo arrasaba, y al llegar al término, que era el alma o el corazón, sólo por la fortaleza que le dio no la convirtió en pavesas”³⁰.

Esta experiencia le ofrece nueva luz sobre la dinámica de su relación con Jesús: Él como fuente de amor capaz de arrastrar consigo todo obstáculo que se interponga a la deseada unión y ella como recipiente de ese amor cuya tarea es quitar estorbos y dejarse invadir y conformar por el amor que la alcanza como don. Hay una clara llamada a una actitud más pasiva y menos preocupada por sus propias fragilidades o imperfecciones, y una invitación a “dejar hacer” y a “dejarse hacer” por ese amor torrencial que se le regala. Irá aprendiendo este arte a lo largo de los años.

En una comunicación al P. Hidalgo sobre sus *Ejercicios* de 1888 escribe:

“...estuve como un cuarto de hora en que, sin saber cómo, me sentí tan arrebatada en Dios que creí se me arrancaba el alma del cuerpo. Suplicaba misericordia y compasión, pero Jesús, que era el autor de aquel tormento terrible y dulcísimo, se gozaba él y no había compasión por entonces. ¿Quién podría figurarse que los consuelos de Dios fuesen tan terribles! Pues lo son, ojalá supiese explicarlos. Así permanecí media hora y después entré en contemplación pasiva, pero iluminativa, en que descansé, porque estaba muy cansada, y entendí que aún no había tenido

³⁰ Ibidem, 1024.

comunicación perfecta con Dios. Y veía claro que era así, que aún necesitaba subir más grados, como los habían subido los santos. Que ahora encargase al director de mi alma absoluto sigilo, pero que le agradecería que consultase al mismo en los estados en que me iba a poner en adelante. Entreveía qué obstáculos se interponían en mi alma para comunicación perfecta, pero no tuve conocimiento de ellos para escribirlos ni para quitarlos, ni pude interrogar ni suplicar se me diesen a conocer, porque veía no ser la voluntad de Dios entonces”.³¹

Las expresiones con las que narra esta experiencia nos sitúan en una de las características más habituales en las experiencias místicas: la simultaneidad de dolor y gozo, “*tormento terrible y dulcísimo*”. Ella misma la describe como “*contemplación pasiva, pero iluminativa*”. Aquí, la llamada a una intimidad más profunda con Dios se da junto con el reconocimiento del camino que aún le queda por recorrer para poder llegar a una “comunicación perfecta” y de la limitación de la propia visión y entendimiento.

En 1890 encontramos dos textos muy característicos de su vivencia mística. Por una parte, la percepción de su pequeñez, nada y miseria, y con la misma fuerza que se le regala esta conciencia la certeza de la grandeza y gran distancia de un Dios, que la ensancha y la dilata abrazándola con su ternura y trabajando en ella y en sus cosas:

“...notaba el alma como abrumada de tanta riqueza que se perdía en ella, y queriendo refugiarse en su nada y miseria, parecía que el Autor de tanto bien la cogía en su seno y la sostenía con los brazos de su ternura y la estrechaba contra su divino rostro, llenándola de dulzuras que no son de esta vida ni hay expresiones con que manifestarlas”³².

“aunque veía a mi Dios muy grande y a mi pequeñísima, no me encogía, antes me dilataba, porque veía Dios era lo que era y yo soy lo que soy. Viéndome pequeña, estoy en mi centro, porque veo todo lo hace Dios en mí y en mis cosas, que es lo que quiero”³³.

Rafaela acoge el don y es acogida en su pequeñez. Se reconoce en su creaturalidad y se goza en su justa medida ante Dios.

Finalmente, en 1892 confiesa al P. Hidalgo:

“pero el otro día se me manifestó sensiblemente y no quiero ocultárselo. Durante el examen, el primero de abril, momentáneamente se me representó mi alma bajo

³¹ Ae (1888), PDH, nº6, 1033.

³² Ae (1890), PDH, nº10, 1042.

³³ Ae (1890), PDH, nº10, 1047.

la figura de niña, como siempre, pero hermosísima y llena de vida. Entendí que aquel desarrollo lo había adquirido en sus trabajos y luchas. La veía amadísima de Jesús y más estrechamente unida; se gozaba en ella de una manera inexplicable. Me asombré de tanta dicha, pues aquel día y en aquellos momentos me encontraba sumergida en un mar de amarguras y tinieblas de infierno, pues me creía ya al borde de él por mis ceguedades y obcecación.

La paz, la luz y alegría dulcísima en que se inundó mi alma la sabe quien me la dio, pues esto sí que no es posible contrahacer: ni esa vista tan asombrosa, tan instructiva y de tanta seguridad. Yo no puedo más que dejarme en las manos de Dios Padre y decir a todo: cúmplase tu voluntad en mí, aunque todo el infierno se ponga enfrente.

Padre, yo entendí que era amadísima, con predilección por Dios, pero singularísimamente. A mí se me dio a entender que era para Jesús del orden de sus almas más amadas y... perdóneme V. R., que comprenderá qué vergüenza me costará esta confesión (temblando estoy y con miedo si será mejor callarlo y desechar): que las luces, comunicaciones, toques, vistas, comprensión de las virtudes y unión de mi alma con Dios intimísima, era semejante a santas que veneramos. Pero a la vez aprendí que voy por un *precipicio*, y *todo lo puedo perder en un momento con que separe mi vista de esa luz interior que como faro me guía*”³⁴.

Esta experiencia confirma de forma extraordinaria y a la vez sencilla, la certeza que pondrá

los cimientos de la sólida confianza que acompañará a Rafaela a lo largo de su camino de abnegación: es amada de forma inmensa y es llamada a la santidad. Esta persuasión será fuente de aliento, consuelo y ánimo a lo largo de su peregrinaje.

Quizás parezca una exageración comparar cualquier de las experiencias que describe la Santa con la visión de Ignacio al lado del río Cardoner, en que “recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta asados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola” [Au 30].³⁵ Sin embargo, sus *Apuntes espirituales* reflejan una

³⁴ *Ae* (1892), *PDH*, nº16, 1064.

³⁵ Ignacio de Loyola, *Autobiografía*, en *Obras completas* (Iparraquirre, I./Dalmases, C., eds.) Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1977.

profunda vivencia mística –“luces, comunicaciones, toques, vistas, comprensión de las virtudes y unión de mi alma con Dios intimísima”–, quizás especialmente notables en los tiempos previos al comienzo de su destierro en Roma. Eran años en los que estaba metida de lleno en la actividad de dirigir el Instituto y en los que las tensiones en el gobierno iban siendo cada vez mayores. Uno se queda con la impresión de que, a través de estas “visitaciones” y “toques”, Dios la estaba preparando para la nueva etapa que le vendría, y reforzando los cimientos de su fe para que la sostuvieran en los largos años de soledad. Estas experiencias de unión marcarán a Rafaela de forma profunda y la situarán con más radicalidad en el mundo *de Dios*.

b) El deshacerse de los planes

Reflexionando posteriormente sobre los comienzos de la Congregación que cofundaron las dos hermanas Porras, Dolores decía que “en fuerza de deshacerse planes, se realizaba el del Corazón de Jesús”³⁶. Esa misma dinámica se reflejará a lo largo de toda la vida de la menor de las hermanas. Nada fue según lo previsto o inicialmente deseado. Sin embargo, a través de tantos giros y sorpresas, asumidos con fe, esperanza y amor - no sin lucha-, se iba escribiendo una historia de santidad caracterizada por una entrega deliberada y radical en manos del Señor.

Pascual Cebollada describe la importancia de la meditación de las “Dos Banderas” en los *Ejercicios Espirituales* juzgándola “decisiva para que uno, no sólo deje el timón de su vida en manos del Señor, sino que además acepte gustoso la nueva vía por la que se le guiará en adelante”³⁷. Veremos que Rafaela llegó a encarnar esa acogida gustosa de la vía que el Señor iba abriendo ante ella.

¿Cuáles fueron los principales giros o cambios de dirección que marcaron el camino de Rafaela?

Todo el primer capítulo de la vida religiosa de las dos hermanas se caracteriza por estar jalonado de cambios importantes. En un primer momento, pidieron ser admitidas en el convento de Santa Ana de las Carmelitas. Al enterarse de que el número de monjas estaba “completo”, aceptaron la propuesta de pasar una temporada recogidas en las Clarisas del convento de Santa Cruz para comprobar la rectitud de sus intenciones. Después de meses de ser sometidas a pruebas y una vigilancia estricta, habiendo sorprendido a los que les estaban probando con su generosidad y buen ánimo, les vino la propuesta de entrar en la

³⁶ Citado en Yañez, I., *Cimientos para un edificio*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1979, 83.

³⁷ Cebollada, P., *op. cit.*, 360.

Sociedad de María Reparadora que iba a establecerse en Córdoba. Al obispo de Córdoba le interesaba acoger una fundación que se encargara de la formación de las jóvenes de la ciudad y las hermanas contaban con una herencia importante, la cual estaban dispuestas a poner al servicio de este proyecto. Con su dinero se compró la casa en que se erigió la comunidad y allí se iniciaron en la espiritualidad ignaciana, en la pastoral de educación y en la adoración del Santísimo Sacramento.

Rafaela y Dolores pasaron casi dos años en el noviciado. Sin embargo, tras una serie de acontecimientos, las Reparadoras decidieron abandonar la ciudad y el proyecto allí establecido. Las hermanas Porras se sentían llamadas a quedarse y, con suma discreción para no influir a las otras novicias, manifestaron su decisión de hacerlo. Al final, solo cuatro de las veinte novicias decidieron marcharse con las Reparadoras. Las que se quedaron recibieron apoyo del obispo para establecer una nueva fundación.

Rafaela, Dolores y las otras catorce novicias formaron lo que sería la primera comunidad de Esclavas. Era octubre de 1876. Todavía novicia, Rafaela fue elegido superiora. No deseaba ser fundadora, sino buscar donde entregarse en una vida de servicio y adoración a Dios. Sin embargo, siguiendo el fruto de un discernimiento continuo y contrastado con los que estaban en la posición de acompañarla (su director espiritual, el obispo, su hermana, la comunidad), Rafaela aceptó con confianza la nueva vía.

Pocos meses después les sorprende un nuevo cambio de planes: el obispo proponía (más bien imponía) modificaciones esenciales en el esbozo de Constituciones que se había establecido para la comunidad. Las originales eran muy ignacianas en su estilo y contenido y las nuevas con aire benedictino y de carácter diocesano. Los dieciséis miembros de la comunidad tenían muy claro que se sentían llamadas a vivir bajo las originales. Deseosas de obedecer en todo, pero a la vez, confirmadas en la llamada de vivir bajo la regla ignaciana, al ver que el obispo no estaba dispuesto a considerar esa posibilidad, el grupo se marchó en medio de la noche a Andújar. Solo Dolores y otra hermana se quedaron para explicar la decisión al obispo y a las familias.

Ir dando respuesta a estas situaciones que les sobrevienen sin buscarlas, asumir todos los cambios subsiguientes y seguir adelante demandaba discernimiento, confianza, coraje y creatividad. Sin embargo, en estos momentos, Rafaela y las primeras esclavas contaron con la ilusión y la energía que brota de emprender algo nuevo. Además, eran jóvenes y llenas de fe y espíritu de esperanza, auténtico, aun si poco probado, y estaban muy unidas. Pero la convulsión y el giro más definitivo en la vida de Rafaela fue, sin duda, su destino, no elegido, a Roma, después de dejar el cargo de general del Instituto. No por el destino

en sí, tampoco por el lugar, sino por cuanto supuso de arrinconamiento de la vida de la Congregación, de inactividad y de limitación de su comunicación con las otras hermanas. Este cambio fue el comienzo de una larga etapa de silencio, más dolorosa aún tanto por sentirse “desterrada, espiada y cercada de desconfianza”³⁸, como por no serle permitida la acción apostólica en servicio de la Congregación. Esta vez, Rafaela no contaba ni con las ilusiones de la juventud ni con la alegre compañía de sus hermanas. El nuevo camino que se abre ante ella es largo, arduo y solitario. Sin embargo, los años anteriores habían ido confirmado y madurado su fe y entraba en esa última etapa de su vida con una confianza fuerte y probada en Dios.

Unas palabras, trazadas años antes en una carta a una hermana, revelan mucho sobre esa fe que sostenía y guiaba a Rafaela:

“Me imagino los apuritos que alguna vez pasará usted. Yo también los pasé muy grandes, como usted sabe, y he conocido en ellos por qué medio se alcanza la anchura de corazón: primero, confianza ciega en nuestro Señor, creyendo firmísimamente que nos ha de ayudar porque a ello está obligado; segundo, orar con muchísima humildad y entregarle todas nuestras necesidades y deseos. Nuestra vida debe ser toda ella un tejido de fe y generosidad; bien sabe usted cuán pocos apoyos humanos tenemos para nuestro bien; parece que Dios quiere hacerlo todo en nuestra Congregación por sí y ante sí; mejor ha de salir, de seguro”.

Fe y generosidad, confianza ciega, humildad y entrega. Estos fueron los ingredientes principales de la santidad de Rafaela que, sin embargo, podría definirse de forma particular por el último: la entrega.

La confinación en Roma no representa el comienzo de su camino de la abnegación. Aquella había empezado mucho antes como testimonian sus cartas y su biografía, junto con los pocos Apuntes espirituales que nos han llegado de ese periodo. Sin embargo, ciertamente se intensifica en esta nueva etapa de su vida ofreciéndole abundantes oportunidades para ejercerla y perfeccionarse en ella.

c) Obediencia

³⁸ “Introducción”, en Rafaela María Porras Ayllón, *Palabras a Dios y a los hombres* (Yañez, I., ed.), (Madrid: ESC, 1989), 1091.

La abnegación se encarna en la obediencia y Rafaela la vivió con una fidelidad extraordinaria. Como General y como maestra de novicias, había animado a las hermanas a domar su querer propio: “Espíritu, hermana mía, pídale al Corazón de Jesús, pero no gachoso, sino varonil, que es hacer tanto caso de nuestros queres y deseos como se hace con los de un asno que está a nuestro servicio. Darle sueño y pienso, sí, pero después ¡hala!, ¡hala!”³⁹

La razón para cultivar esta actitud frente a los propios queres la expresa con elocuencia en otra carta: “Démosle todo, todo el corazón a Dios; no le quitamos nada, que es muy chico y El muy grande; y no arrugado, sino rollizo, lleno todo de amor suyo y nada del nuestro propio”⁴⁰. Es decir, hacerse toda espacio para dejarse habitar y dirigir por Dios. Algunas de sus palabras sobre la obediencia son sorprendentes e incluso, podríamos decir, chocantes a nuestra sensibilidad moderna, pero demuestran cuánto valor encontraba la Santa en la práctica de la obediencia, no solo de palabra y acción, sino también de juicio y voluntad. En 1884 escribe a la comunidad de Córdoba:

“Muy obedientes en todo lo que nos mande nuestra santa regla y costumbres, y así lo seremos a nuestros superiores y a Dios en ellos. Yo pido todos los días a nuestro Señor que nos dé a todas una obediencia tan infantil, y por lo mismo tan ciega, que con sólo una leve señal de la voluntad de nuestros mayores estemos obedeciendo, sin reparar si es bueno o es malo, útil o inútil, y sin después hablar con nosotras el por qué me dijeron o me mandaron aquello, o si sería mejor lo otro. ¡Qué feliz es la persona verdaderamente obediente, especialmente en las cosas espirituales! ¿Y por qué?, porque es humilde... Dóciles, blandas en entendimiento, queridas hermanas mías, si queremos recibir aún más dones de nuestro Señor”⁴¹.

En algunos aspectos, recuerda a las palabras de San Ignacio sobre el mismo tema:

“la...obediencia especialmente se procura hacer que sea entera en los sujetos de esto Compañía, no se sufriendo en casa propios juicios ni voluntades, sino toda sujeción y abnegación de ellos, y conformidad con el juicio y voluntad del que en lugar de Cristo nuestro Señor se toma por guía para acertar en su divina servicio”⁴².

³⁹ Carta a la M. María de la Consolación (1887), *PDH*, n° 201, 324.

⁴⁰ Carta a la Comunidad de Córdoba (1884), *PDH*, n° 121,189.

⁴¹ *Ibidem*, 188.

⁴² *Epp* II, 641, en *Cartas. Sancti Ignatii de Loyola Societatis Iesu fundatoris epistolae et instructiones*, Madrid 1903- 1911, citado en “Abnegación” DEI, 70.

Sabemos que, para Ignacio, el punto de partida estaba en la abnegación, una vez comprobada su existencia en un jesuita, la obediencia podía ser vivida con mucha más amplitud, a veces, a larga distancia y con una gran medida de libertad y responsabilidad delegada en el jesuita.

Para Rafaela, la práctica de esa obediencia, a pesar de ser denominada “infantil...ciega”, también pedía responsabilidad y una escucha atenta a por parte de cada una a la propia conciencia. Su buen ejercicio incluye la exigencia de compartir con transparencia aquello que Dios pone en el corazón.

Así, por ejemplo, en 1894, tras dos años en Roma, escribe a la Madre Purísima, Asistente General, futura General de la Congregación y actor principal en la eventual exclusión total de las dos fundadoras. Con franqueza, sencillez y valentía y sin una traza de resentimiento le dice:

“En cuanto a la petición que por usted desea haga, hablándole con el amor que en Jesús le tengo, le digo que en usted es perjudicialísima, como tantas veces le he dicho y sin haberme arrepentido jamás, y que sólo he pedido y pido de corazón que en todos sus deseos, hasta de perfección propia y del Instituto, nuestro Señor la tenga muchos pasos atrás y le infunda profundamente en su Corazón la humildad real. Cada vez que la veo subir en los honores, me estremezco toda hasta casi derramar lágrimas por su pobre alma, tan desgraciadamente aplaudida. Esto lo guardo muy en el fondo de mi alma y sólo se lo comunico impulsada por el buen deseo, iba a decir por Dios, y quiero que quede entre las dos y jamás me hable de ello. Perdóneme, Madre; crea que hago un sacrificio en hablarle así”⁴³.

También vemos este ejercicio de discernida obediencia cuando, en 1905, escribe al Cardenal protector para expresar su preocupación “*por la situación en que se encuentra la Congregación...unas llenas de amargura y otras con mil perplejidades, y esto resfría mucho la caridad, la sencillez, la confianza y la fe en los superiores*”⁴⁴. De nuevo manifiesta con candor su perspectiva.

Cuando a Rafaela le tocó vivir como súbdita en la Congregación, buscaba poner en práctica sus propios consejos sobre la obediencia. Puede que su manera de entender la obediencia se hubiera ido desarrollado a lo largo de los años, pero se exige a sí misma ese cumplimiento “ciego” al que se había referido años antes. Estos escritos de 1892 y 1893 nos revelan a una mujer que busca ser transparente y dócil, que confía en la mediación

⁴³ Carta a la M. María de la Purísima (1894), *PDH*, n° 406, 624-625.

⁴⁴ Carta al Cardenal José de Calasanz Vives (1905), *PDH*, n° 553, 828.

humana y, a la vez, que busca consuelo y luz en la oración, en la relación directa con Dios:

“descubrir mi corazón, si soy súbdita, a mi superiora... las cosas íntimas del alma solo al director”⁴⁵.

“docilidad y gran espíritu de fe en quien me gobierna”⁴⁶.

“no permitirme más desahogo que abrazarme con su amor crucificado... sólo y lo menos posible, en quien gobierna mi espíritu para que conozca mis debilidades y las fortifique con sus consejos, los que seguiré ciegamente como si saliesen de la misma boca de Dios”⁴⁷.

Incluso cuando sospechaba, con razón, que sus superioras y su director espiritual se habían convencido de que sufría una inestabilidad mental, no se cerraba. En las circunstancias, era natural que le costara. En una nota de sus *Apuntes espirituales* de 1902, se puede vislumbrar el esfuerzo que le exigía seguir confiando en personas que no se fiaban de ella:

“El P. Mancini [su director espiritual en este momento] está puesto por Dios para santificar mi alma. Todas las vacilaciones son ardidés del enemigo.

Debo darlo todo por el todo para llegar donde Dios me quiere, que es a una gran santidad. Esto es, debo abandonarme debajo de la dirección del Padre a todos los eventos en que me pueda colocar la divina Providencia. Y con fortaleza. A no desviar a diestra ni a siniestra, que ya sé por experiencia que de cada borrasca salgo más gananciosa en el alma.”⁴⁸

Aunque no siempre le resultara fácil obedecer, a pesar de todo, confiaba en que era la vía segura para “más acertar” en el servicio de la divina voluntad. En 1905 escribe:

“...desalentadísima... así entre en la oración, pero siempre resignada a la divina voluntad, y sin esperarlo, fui consolada con esta reflexión: «Nada pueden los hombres si yo no quiero, ¿y acaso no soy omnipotente? ¿No puedo trastornar todos sus designios como he hecho en las y tal ocasión?» Y me las trajo a la memoria. Verdaderamente ha hecho prodigios en favor mío, ¿qué tengo que temer? Someterme a todo lo que manden los Superiores y ganar a nuestro Señor con mi paciencia y resignación, que es la manera con que quiere venzan sus hijos”⁴⁹.

⁴⁵ Ae (1892), PDH, n°18, 1072.

⁴⁶ Ae (1893), PDH, n°19, 1081.

⁴⁷ Ae (1893), PDH, n°19, 1079.

⁴⁸ Ae (1902), PDH, n°31, 1113.

⁴⁹ Ae (1905), PDH, n°36, 1131-1132.

En 1909, tras la muerte del P. Mancini, con un nuevo director espiritual que parece que nunca llegó a entenderla, la santa se resuelve a seguir sus indicaciones en relación con la situación dolorosa de su hermana Dolores. Tras su generalato, estaba sufriendo la misma suerte que Rafaela y la menor de las fundadoras deseaba buscar un recurso para ayudarla, pero el P. Mancini no lo veía como una buena opción. En estas circunstancias escribe:

“Debo entregarme del todo a la obediencia del Padre y someterme a todo lo que ordene de mí. Si le he de hablar, ha de ser con la convicción que oigo a Dios, y lo que resuelva es ordenación de Dios; y debo dejar a su prudencia, porque lo creo prudente, que S. R. lo diga a quien crea en el Señor y someterme ciegamente a lo que resuelvan, sacrificando a mi hermana a trabajar por la Congregación o no, y a estar aún más encerrada que estoy.

Así lo he visto en la adoración de las 12, hoy, 5 de enero de 1909”.⁵⁰

Es evidente que asumía la obediencia plena con todas sus consecuencias. Rafaela se aferró a la promesa de la eficacia de la mediación de Dios a través de los superiores, muchas veces a pesar de los defectos evidentes de estos o cuando estaba convencida de que erraban en sus decisiones. Creía firmemente que eran instrumentos de Dios. Esta humilde disposición interior le permitió mantener la paz. Pudiera parecer síntoma de un escapismo adoptado en medio de una situación desesperante, pero su historia parece indicar que lo que animaba su fe en los superiores no era una necesidad inconsciente de apaciguarse a sí misma. Le impulsaba, más bien, el deseo de realizar la voluntad de Dios para con ella y contribuir a la realización de Su sueño para con la Congregación, aunque la única manera de hacerlo fuera callando para no crear más desunión. Le animaba también esa mirada humilde que prefiere equivocarse que adelantar el paso al Espíritu, que retiene que siempre la voluntad de Dios será más fecunda para el mundo que la propia.

Un consejo que la Santa da a su hermana en 1903, un mes después de que ella fue depuesta como general, ilustra su manera de pensar:

“Yo si fuese usted, me desentendía por completo de todo lo que pertenece a la Congregación que expresamente no me ordenasen hiciera, le hacía este acto de abandono al Corazón de Jesús, ¡y cuán grato le sería!, quizás y sin quizás, sería el medio de acortar la prueba... Hágase usted sorda, ciega y muda; huya de que le hablen de lo que en la Congregación sucede, y póngase usted con la docilidad de niña bajo la dirección inmediata del P. Gómez y obedézcale usted a ciegas y tocará

⁵⁰ Ae (1909), PDH, n°41, 1139.

los milagros con su mano. Ahora robustecer su alma, que es lo que hoy debe usted hacer con todas veras, porque está sitiada como La Habana por los yankis. ¡Con qué rabia la acometerá Lucifer para ponerla, si puede, en desesperación! Por amor de Dios, no siga usted sola, sino tome usted un apoyo santo como es ese Padre, según usted y todos dicen.”⁵¹

En resumen: parece claro que Rafaela entendía que una obediencia auténtica y responsable requiere una implicación personal activa en ambas partes. Une la paciencia y la resignación con la responsabilidad de manifestar la verdad que uno ve; así la vivió ella. Fue para ella, necesaria para la unión con Dios, para avanzar en el servicio divino y en el camino de la santidad. Todo esto no hubiera sido posible sin una escucha atenta personal a Dios sea en la oración, a través de su conciencia o en la realidad dinámica y cambiante en que estaba inmersa. Un equilibrio nada fácil en las circunstancias tan complejas en que se encontraba.

1.3.2 ¿Cómo vive la abnegación en medio de situaciones fuertes de sufrimiento?

En 1891, Rafaela escribe, “*allí, dentro de Dios hemos de estar y de El recibirlo todo, pero confundirnos con El, ni María Santísima...*”⁵². La conciencia de la alteridad que existía entre sí misma y Dios estaba muy bien arraigada. También el sentido de su pertenencia a Dios y de su propia pequeñez y necesidad de Él. Reconociéndose receptora de la vida y de todo, acogía cada suceso dentro del marco de esta relación con Dios, como regalo: “*Soy de Dios y exclusivamente de Dios. Y como soy suya, todos los acontecimientos, prósperos o adversos, debo recibirlos como de su santísima mano*”.⁵³

La convicción de que todo lo que viene de Dios era para su bien y que su parte consistía en acogerlo con paz y gratitud fue fomentada –como ya hemos visto– por sus directores espirituales⁵⁴. Una prueba nos la brindan estos extractos de dos cartas del jesuita, P. Hidalgo, a Rafaela en 1890, momento de gran tensión en su gobierno:

“Me pregunta que ha de hacer al ver a un Dios pidiendo correspondencia a su amor; pues abandonarse a Él sin reserva por vía de sacrificio, en espíritu de gratitud, que es por donde la llama y busca.”

⁵¹ Carta a su hermana (1903), *PDH*, n°518, 779-780. Aquí hemos de considerar que Rafaela, conociendo bien el temperamento de su hermana que era muy distinta de la suya, estaba sin duda preocupada por el daño que podría precipitar un actitud rebelde a la Congregación, ya en un momento frágil.

⁵² *Ae* (1891), *PDH*, n°13, 1060.

⁵³ *Ae* (1892), *PDH*, n°18, 1068.

⁵⁴ Aunque es un término algo pasado de moda, empleamos el término “director” por ser el que utilizaba Rafaela.

“Dios de tal modo se le manifiesta, aun en el sufrir mismo, que no le queda la menor duda de que es Él y de que cumple su santísima voluntad en todo si se atiene a lo que tantas veces le he encargado y claramente entendido del mismo su Jesús, que así quiere le mire, como suyo. El encargo y vista es que se abandone enteramente a la voluntad divina, sin reserva, sin miedo, sin vehemencia, siempre confiada, animosa y serena y siempre en espíritu de gratitud, que es como V.R. ve y conoce el camino por donde la quiere el Señor... no necesita de nadie, ni de nada, más que estar reposando en la voluntad de Dios; esa voluntad en todo”.

Esa actitud de resignación confiada y agradecida, que no se basa en un proceder placentero, sino en la experiencia de Dios presente y actuante aun en el sufrimiento, es otro signo elocuente de su vivencia de la abnegación. La prueba más fiable de su autenticidad y profundidad en la vida de la Santa fue el hecho de que se mantenía e iba consolidándose a lo largo de los años, aun cuando veía que la situación en que se encontraba no se iba a solucionar- el exilio y el olvido duraron el resto de su vida-. Su capacidad de abrazar esa realidad con esperanza, de verlo como una oportunidad de mayor unión y así evidencia del amor de Dios, demuestra la profundidad y tesón de su fe, cuyo horizonte incluía y superaba los límites de la vida terrena.

“sujetándome en todo a sus divinas disposiciones, no solo con sumisión, sino hasta con alegría, sin desaprovecharme de ninguna partecita de su santísima cruz que se me presente... figurándome, al sentir el peso de la cruz, que como los mártires estoy sufriendo mi combate, del que me resultará mayor grado de gracia y después mayor grado de gloria”.⁵⁵

Esas palabras comunican su confianza y esperanza, reales y profundas, en la promesa de que el sufrimiento de esa vida, si es vivido “en” y “con” Cristo, no acontece sin sentido. La referencia que hace al martirio y al texto de san Pablo sobre la certeza de la esperanza, la idea –también paulina– de compartir y completar los sufrimientos de Cristo, nos permiten encuadrar con justicia este texto, evitando leerlo como una simple resignación ante una realidad difícil, sino como incorporación al proyecto salvífico divino que pasa por la pasión y la Cruz. Sólo ahí adquiere su sentido último la idea de “sujetarse a sus disposiciones”, o la “sumisión alegre a su voluntad”. Esta es la de los mártires. La de quienes se incorporan gozosos a la cruz de Cristo.

En esta misma línea en 1900 escribe:

⁵⁵ *Ae* (1893), *PDH*, n°19, 1078.

“Dios nuestro Señor quiere de mí sumisión completa a su voluntad, a todos los sucesos que a cada momento me suceden. Así que no debo nunca juzgarlos, por duros que sean a mi amor propio. No quiere de mí obras, sino sumisión ciega a cuanto de mí disponga. Si no tomo esto a pechos estoy expuesta a vivir como loca y perderme. Lo escribo esto con claridad de mente y tranquilidad de espíritu”⁵⁶.

Se encontraba en una circunstancia realmente desesperante: la superiora de la casa donde residía tenía el mandato de observarla y mantenerla alejada de toda noticia de importancia sobre asuntos de la Congregación, circulaban dudas y murmuraciones sobre su estabilidad mental y, de fondo, miedo de lo que pudiera revelar de la Congregación si tuviera la oportunidad; a los 50 años, y con grandes deseos de trabajar, Rafaela se encuentra totalmente excluida de la vida activa⁵⁷.

Otro gran motivo de sufrimiento procedía de ver cómo quienes habían tomado la dirección del Instituto, entre ellas su hermana Dolores, parecían estar parcialmente ciegas a pesar de sus deseos de obrar el bien y del convencimiento de la rectitud de sus acciones. Rafaela temía por la dirección de la Congregación, pero se encontraba sin interlocutores, rodeada de silencio y recelo. Esta situación de aislamiento y vigilancia llena de sospechas sobre ella fue una cruz pesada.

Su sí a Dios “*a toda costa*” tuvo un alto “coste”. Pero a pesar de la dificultad, perdura en ella la confianza radical que había motivado su entrega desde joven. Esa confianza le brindaba una visión tenazmente esperanzada que buscaba y captaba la presencia y la invitación de Dios en medio de la oscuridad.

Estas son dos claves que le permitieron vivir con sentido abnegado y alegre en medio de circunstancias fuertemente contrarias:

a) Vivir enamorada

San Ignacio indica que, mientras que el temor servil es eficaz como motivación espiritual, más “acepto y grato a Dios” [Ej 370] es el amor. Vemos ilustrada en la vida de Rafaela la enorme eficacia de este “puro amor” [Ej 370] como motor para emprender y permanecer en el servicio de Dios. Como hemos indicado, Rafaela pudo vivir a fondo la abnegación porque se había dejado seducir hasta las raíces por la persona de Cristo y estaba convencida de estar radicalmente llamada a realizar en su vida la voluntad de Dios,

⁵⁶ *Ae* (1900), *PDH*, n°29, 1109-1110.

⁵⁷ Esta exclusión incluía hasta los deberes de la casa en los primeros años. La superiora, de la casa en Roma, motivada por un respeto mal ejercitado por la exgeneral y fundadora no quería dejarla participar en las labores domésticas. Véase Yañez, I., *Cimientos*, 591-592.

a imagen del Hijo. Podemos decir que vivía enamorada, con un fuerte sentido de ser acompañada, sostenida y llamada a compartir misión con Cristo. Esa convicción y la experiencia afectiva vital en que se basaba le impulsaba a mantenerse a la escucha y a pedir y trabajar por hacerse dócil a Su voz y a su toque, “como un poco de barro en manos de un alfarero”⁵⁸.

Aquí, nos limitaremos a exponer unas palabras, tomadas de una reforma de vida hecha por la Santa en 1893 que captan la calidad de la relación que Rafaela disfrutaba con su Señor y Creador:

“También queréis de mí la muerte total de mí misma y que obre en viva fe. Esto es muy grande para mí, oh buen Jesús, y más en las circunstancias en que me hallo. Pero «¿qué cosa se le puede llamar grande teniéndome a mí por protector?», me decís Vos. Es verdad, con Vos no hay nada grande, y menos con el ejemplo de vuestra santísima Vida, pero yo tengo mis pasiones muy arraigadas; como Vos sabéis, ¿quién tiene fortaleza para sin descanso trabajar en extirparlas? Además, Vos queréis esta labor tan oculta a los ojos humanos, y por lo mismo se hace tan difícil que se necesitan esfuerzos doblados; pero así lo queréis Vos y lo hago. Pero Vos sabéis mis ansias y trabajos para satisfacer vuestro deseo. «El amor es fuerte como la muerte y duro como el infierno», y es muy justo que sea así, pero la criatura es tan débil que se cree impotente a la correspondencia. ¿Qué hará, pues, Señor mío y Dios mío? Amar y más amar, el amor todo lo vence; pedir sin cesar este amor”⁵⁹.

Sus palabras transparentan la intimidad y, a la vez, la familiaridad y reverencia con que Rafaela se dirige a Dios. Expresa su gran deseo de cumplir la voluntad de su Amado y el reconocimiento y aceptación de su dependencia en Él para poder hacerlo. Pone nombre a su tarea, sencilla, exigente, tanto humana como divina: «amar y más amar... pedir sin cesar este amor... porque el amor todo lo vence».

b) Encontrar el sentido apostólico de todo cuanto vive

i. La adoración como espacio apostólico

Hasta ahora no hemos mencionado la adoración, algo más que una práctica, una vivencia absolutamente esencial en la espiritualidad de santa Rafaela. La praxis de la adoración le

⁵⁸ Ae (1893), PDH, n°20, 1082.

⁵⁹ Ae (1893), PDH, n°20, 1086.

llegó como herencia de sus pocos años con las Reparadoras, pero pronto se convirtió en eje central de la oración y carisma del Instituto que fundó. Era para ella mucho más que un acto piadoso de culto y superaba, aunque incluía sin cuestión, la dimensión tradicional de reparación: “desagraviar al Corazón de Jesucristo, nuestro Señor, de las ofensas que recibe en el Santísimo Sacramento del altar”⁶⁰. Pero más allá de este sentido, el propio de su momento histórico, Rafaela veía en la adoración una oportunidad extraordinaria de acercar a los hombres al Señor, de hacer “porque le conozcan y le amen”⁶¹. Aquí emerge un rasgo apostólico y evangelizador muy importante en la comprensión de Rafaela, y que nos ayuda a comprender en qué sentido la adoración tiene un rol de gran importancia en su vivencia de la abnegación. Ya antes de su “exilio” en Roma, Rafaela en unos *Ejercicios* había visto con claridad que, si en alguna ocasión se viera privada de realizar una acción apostólica, continuaría laborando a través de la oración, centrando todas sus fuerzas en “poner a Cristo a la adoración de los pueblos”⁶² como modo eficaz de darlo a “conocer y a amar”. Cuando las circunstancias de la vida hacen que la supuesta situación se convierta en una realidad, la adoración vivida con este potente sentido apostólico se irá convirtiendo en una amarra que sostiene su vida y la llena de sentido.

Examinar el sentido apostólico de la adoración eucarística tal como se ha entendido tradicionalmente y mirar la aportación de Santa Rafaela a esa concepción, nos ayudará a profundizar en cómo su manera de entender la adoración la ayudó a realizar una relectura sobre “su labor apostólica” y a vivir con una abnegación esperanzada y sus últimos treinta y dos años.

A lo largo de los siglos, se han mantenido dos aspectos del sentido apostólico de la adoración: la intercesión y la dimensión de “suplencia” por los que no adoran⁶³. Ambos vinculados a la idea tradicional de reparación. Sin duda, Rafaela los llevaba muy dentro. Creía en la eficacia enorme de “una súplica de un corazón humilde y sencillo” y comprendía que su *oración intercesora*, en favor de la salvación de los otros, era una auténtica “obra de celo”, un verdadero “apostolado”. En 1898, escribe:

“Debo fomentar mucho en mí el celo de las almas. Arder y abrasarme en rogar porque ninguna se pierda. Han costado toda la Sangre preciosísima de mi

⁶⁰ Carta al Cardenal Simeoni, Secretario de Estado Pontificio (1877), *PDH*, n° 25, 57.

⁶¹ *Ae* (1890), *PDH*, n°10, 1050.

⁶² “Salí muy animosa y alegre de poder hacer algo por mi Capitán Jesús, sobre todo ponerlo a la adoración de los pueblos, que he comprendido cuán grande es esto tan poco estimado. Mi práctica constante debe ser el tercer grado de humildad o la regla 11”: *Ae* (1890), *PDH*, n°10, 1045.

⁶³ Cf. Martínez Gayol, Nurya, *El sentido apostólico de la adoración*, Sal Terrae, Santander 2018, 16.

Esposo, y si soy, como realmente soy su esposa, ¿cómo he de tener corazón para que ni una sola gota pierda su fruto?

Menos ocuparme de mí, y muchísimo, pero muchísimo más, de los intereses de Jesús en toda su extensión. Está propicio a oírme. Si no practico este apostolado, no cumplo sus designios sobre mí. Las santas, mis hermanas, a quien quiere que yo imite, como Santa Teresa, Santa Catalina de Sena, etc., tenían más poder sobre su Corazón que todos los hombres más sabios y elocuentes. Una súplica de un corazón humilde y sencillo rinde su Corazón y nada puede negarle”⁶⁴.

En la oración de la santa, el servicio de las almas y su respuesta afirmativa a los designios de Cristo sobre ella formaban una sola pieza. La gran intimidad que comparte con Cristo, expresado aquí en términos conyugales, le lleva a hacer suyos los intereses de Su corazón, primero entre ellos, la salvación de todos los hombres.

El aspecto de “*suplencia*” también formaba parte de la manera de Rafaela de entender la adoración. Ahora bien, para ella es Cristo el que verdaderamente «suple» todas nuestras necesidades y las del mundo: “(el Corazón de Jesús) suplirá mejor que usted para remediar esas grandes necesidades que por todas partes nos rodean”⁶⁵. Nuestro suplir, es participar en su suplencia, e imitación de su modo de suplir. En definitiva, un poner esas necesidades en sus manos y en su corazón... segura de que “Dios suplirá”⁶⁶.

A estos dos aspectos tradicionales, es preciso añadir ese “poner a Cristo a la adoración de los pueblos” que signa con un rasgo de novedad apostólica la espiritualidad adoradora de Rafaela. Como hemos dicho, ella veía en la adoración un espacio privilegiado de encuentro con el Señor al que se sentía llamada a invitar a todos. Como muestra de esta inquietud de acercar a otros al Señor, tenemos el dato de que, durante su generalato (y después), una ubicación céntrica, fácilmente asequible a la gente, era uno de los argumentos principales para decidir la compra de nuevas casas (para Rafaela, tener una capilla en medio del campo no tenía ningún sentido).

Pero, además de ser un “lugar de encuentro con Cristo eucaristía” al que se siente llamada a invitar a otros, la adoración era también para ella un espacio generador de misión explícita. La persona que adora, que se encuentra con el Señor y se deja abrazar, reparar

⁶⁴ Rafaela María Porras Ayllón, *Palabras a Dios y a los hombres* (Yañez, I., ed.), (Madrid: ESC, 1989), 777.

⁶⁵ Carta a la M. María Joaquina (1887), PDH, n° 201, 237.

⁶⁶ Carta a M. María del Carmen Aranda, PDH, n° 279, 317.

y llenar por Él, es lanzada “hacia el mundo y hacia los otros⁶⁷”. La dinámica eucarística a la que ha sido incorporada la impulsa a continuar la obra salvífica de Cristo, y sus intereses. El “mundo” de “los otros” al que Rafaela tenía acceso físico era bastante reducido, pero su celo no lo era y sabemos que, aun en su entorno pequeño, ella ofrecía generosamente los ricos frutos de su oración: en el cuidado de los detalles, en el perdón, en la perseverancia y fidelidad cotidianas heroicas, y en el aliento que regalaba a los demás con sus cartas.

Rafaela vivía la adoración como prolongación de la celebración eucarística y, como tal, de la dinámica que de ella brota. Nurya Gayol, citando las *Constituciones* de la Congregación, explica: “la participación en el Cuerpo y Sangre de Cristo «nos va transformando en Él y nos compromete a vivir la comunión entre los hombres, trabajando por la construcción de la justicia y la fraternidad»”⁶⁸. La conciencia de participar en la dinámica de entrega y autodonación de Cristo, el deseo de vivirla como Él, hasta el extremo, y el compromiso con la comunión entre los hombres estaban bien arraigados en el alma de Rafaela. La contemplación del Cuerpo de Cristo que, por la comunión, nos hace un solo cuerpo, reuniendo a los dispersos en un solo pan, se hace vida en su historia concreta.

ii. *Trabajar silenciosa y abnegadamente por la unidad*

Un lugar paradigmático donde se refleja la real importancia que la búsqueda de unidad y comunión tuvo en su vida la encontramos en sus años de reclusión en Roma. La primera y más “práctica” decisión, por la que asume consciente y pacíficamente el «dejarse olvidar» por la Congregación, fue el no agravar la situación delicada en que ésta se encontraba. Desde el principio, había animado a las hermanas a caminar “todas a una... unidas... como los dedos de las manos”⁶⁹, creyendo firmemente que la unión que se crea entre personas sinceras y humildes era signo elocuente de la presencia de Dios. Nunca vio como una opción viable una acción que, salvándola a ella o mostrando la injusticia de la que era objeto, pudiera ocasionar rupturas internas o quebrar la unidad del cuerpo. Elige poner la unidad por delante de la justicia. Esta la afectaban, ante todo, a ella, mientras que aquella –la unidad– afectaba a todo el Instituto y, lo más importante, a su misión. Su aislamiento, aunque impuesto también desde fuera, no hacía de Rafaela una víctima pasiva. Confiándose al amor y justicia siempre mayor de Dios, ella decidió aceptarlo

⁶⁷ Martínez Gayol, N., *El sentido apostólico de la adoración*, Sal Terrae, Santander 2018, 17.

⁶⁸ *Ibidem*, 13.

⁶⁹ Carta a la Comunidad de Córdoba (1884), *PDH*, n° 121, 189.

porque era la mejor manera para contribuir a la comunión y a la salud del Instituto y, a través de ellas, al mayor servicio divino. La suya fue una resignación “apostólica”.

iii. La llamada a la santidad

En el silencio, Rafaela también escuchaba la llamada a la santidad, una santidad que entendió, que para ella, pasaba por asumir la vía de la tercera manera de humildad. Nurya Gayol describe cómo el deseo de la propia perfección se convierte paulatinamente en Rafaela en un adentrarse cada vez con mayor hondura en el camino de *pertenencia* a Dios, lo que se va realizando a través de la participación “en el abandono filial de Jesús en las manos del Padre”⁷⁰.

Esa búsqueda de la santidad también fue *apostólica*. Encontramos en sus apuntes de los *Ejercicios* de 1898 unas palabras que arrojan luz sobre su manera de entenderla. Escribe: “Dios me pide ser santa; yo no puedo dejar de serlo sin despreciar su santo querer. Si logro ser santa, hago más por la Congregación, por las Hermanas y por el prójimo que si estuviera empleada en los oficios de mayor celo”⁷¹. Desde su exilio, sigue “trabajando” por el Instituto y por el Reino, sólo que ahora, su campo de acción no era el gobierno, ni la formación, ni el colegio, sino el terreno fértil de su interior, haciéndose instrumento dócil del que Dios “se pueda servir”.

⁷⁰ Martínez Gayol, N., “Santa Rafaela María y las Reglas 11 y 12”, 56.

⁷¹ *Ae* (1898), *PDH*, n° 28, 1108.

Capítulo II

La humildad

2.1 El concepto de la humildad

Según el Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico, la palabra *humilde*, de la cual se deriva *humildad*, aparece primero en 1400 en el Glosario de Toledo⁷². El Diccionario de Autoridades define humildad de la siguiente manera:

“Generalmente tomada es una virtud que nos aparta de la soberbia, y nos inclina a la sumisión y al abatimiento delante de los superiores, y de aquellas personas que respetamos; pero entre los Cristianos se entiende, de una virtud interior que nos hace conocer somos nada delante de Dios.⁷³ ... La Humildad es fundamento de la santidad, y de todas las virtudes.⁷⁴

...Se toma también por baxeza en qualquiera especie”.⁷⁵

En Covarrubias, humildad aparece dentro de la voz *humilde* de la siguiente forma:

“humilde, humildad, humillarse, etc.; traen su origen de la palabra humus, humi, que es la tierra; y assí como ella es la más humilde de los cuatro elementos, inclinada al centro y arredrada de la alteza del cielo assí el humilde ha de tener su condición y andar pecho por tierra cosido con ella”.

Se define humilde con algunos ejemplos y por contraste con los conceptos opuestos:

“Casa humilde, opuesto de las sobervias casas. Planta humilde la que no crece en alto. Hijo de padres humildes, el hombre común, que no es noble. Hombre humilde, el que no tiene altiveza ni desvanecimiento”.

Invoca también la figura de la Virgen para ilustrar su significado:

“La humildad en la sacratíssima María Señora nuestra, baxó a Dios de las alturas, para remedio del linaje humano, *quia respexit humilitatem ancillae suae*”⁷⁶.

⁷² “Humilde”, en *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, Crominas, J. y Pascual, J. (eds.), Editorial Gredos, S.A., Madrid 1981, 426.

⁷³ *Lat. Humilitas. RODRIG. Exerc. tom. 2. trat. 3. cap. 2.*

⁷⁴ *NIEREMB. Obr. Y días, cap. 19. Hase de exercitar la humildad mui à menudo, por su gran provecho y necesidad.*

⁷⁵ *Lat. Humilitas. Animi demistio. Muñ. Vid. De Fr. L. de Gran. lib. 2. cap. I. Los de humilde nacimiento ninguna cosa procuran mas, que encubrir las humildades antiguas.*

⁷⁶ Covarrubias, S., “Humilde”, en *Tesoro de la Lengua Española*, ed. Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Madrid: Iberoamericana – Frankfurt am Main: Vervuert, 2006, 705.

Es evidente que en el siglo XVII y hasta nuestros días, el concepto de la humildad está estrechamente vinculado con lo religioso. Desde la perspectiva creyente, la esencia de la realidad humana es humilde. La antropología teológica nos habla de la condición creatural, de la necesidad de salvación, la contingencia radical del hombre cuya existencia es puro y inmerecido don. Acoger esa verdad, saber (en cuanto es posible) y ser lo que somos, es vivir en humildad.

Y ¿Cómo se relaciona con el concepto de la abnegación?

Si la humildad implica reconocer la propia pequeñez, vivir abierto a la alteridad y señorío de Dios, entonces podemos decir que es condición de posibilidad de la abnegación, o de la libre y alegre *acogida* de este aspecto de la condición humana.

Sin usar la palabra, García de Castro ilustra muy bien este punto:

“Entenderse felizmente como criaturas, haber renunciado feliz y consoladamente a toda pretensión de propiedad, haber asumido felizmente nuestra condición de “pobres”, haber experimentado en lo más hondo del yo nuestra condición de “invitados al mundo” es experimentar con alegría nuestra condición cristiana de seres abnegados, porque ya todo lo hemos experimentado como afirmado en Cristo; solo Él <<es el Señor>> (Jn 21, 7)”⁷⁷.

Sin humildad, una persona difícilmente emprenderá y perseverará en el camino de la abnegación porque, simplemente, no tendría sentido. ¿Para qué cargar con la tarea ardua de vencerse a uno mismo y dar prioridad a la voluntad de otro, aunque este otro fuera Dios, si se puede dar sentido pleno a la vida por sí solo? La soberbia, la actitud opuesta a la humildad, insiste en la supremacía del plan propio y niega recibir orientación desde fuera. Cierra al sujeto sobre sí mismo porque no percibe o no admite su propia contingencia. Solo cuando reconocemos y acogemos el hecho de que “no nos bastamos a nosotros mismos”⁷⁸, estaremos posicionados para vivir abnegadamente.

La humildad cristiana se basa en la conciencia de la distancia en poder y dignidad entre el hombre y Dios. Genera acatamiento y reverencia. La persona humilde entiende que todo su bien, su ser mismo, se da en la relación filial con Dios. Y porque esta relación se basa únicamente en el amor infinito y activo del Creador por la creación, el amor es otro elemento esencial de la humildad cristiana. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó” (1 Jn 4, 10). Faltando la experiencia personal de este amor, el descubrimiento de la propia contingencia fácilmente se quedaría

⁷⁷ García de Castro, J., *op. cit.*, 350.

⁷⁸ Medina Balguerías, M., *Atraídos por lo humilde*, PPC, Madrid 2018, 33.

en frustración y temor existenciales. Sin embargo, contando con ella (y una imagen adecuada de Dios), se convierte en fuente de sentido y de gozo. Suscita agradecimiento y confianza y estimula deseos de entrega y de poder retornar el amor. La pregunta por la voluntad de Dios es una consecuencia natural de la humildad cristiana. El “¿qué debo hacer por Cristo?” del coloquio con Cristo puesto en cruz de la Primera Semana de Ejercicios [Ej 53] nace del asombro y gratitud que uno siente cuando, consciente de su pecado y desorden, se experimenta como perdonado, cuidado y amado al extremo por Dios.

Naturalmente, Cristo es el arquetipo de la humildad cristiana. Con la encarnación, Él que es por derecho, Rey y Soberano se hizo pequeño y vulnerable, se sometió al mundo y a los hombres: “el cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo. Asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz” (Flp 2, 6-8).

Dios se abaja, “siendo rico, por (nosotros) se hizo pobre a fin de enriquecer(nos) con su pobreza” (2Cor 8, 9). Asume la limitación humana y a lo largo de su vida terrena, rechaza la tentación de sacar provecho de su divinidad (cf. Mt 4, 1-11). Vive sirviendo y enseñando a sus discípulos a hacer lo mismo (cf. Mt 20, 25-28; Jn 13, 1-16...). Su estilo de vida es sencillo y su trato con la gente humanizador. Vive en obediencia perfecta al Padre (Jn 12,49; Jn 14,10), no reservándose nada, sino confiándose plenamente en manos de Aquel que le ha enviado (Lc 23,46). Pone todo su poder y su autoridad, infinitos, al servicio de su misión animado por el amor a Dios y a los hombres: enseña, sana, perdona, reconcilia, dice la verdad y toda la verdad y luego se calla cuando las palabras dejan de servir. Ama hasta el extremo (Jn 13,1) y muere condenado. Es resucitado y glorificado. Él que se recibe de Otro y vive constantemente en referencia a Otro, haciéndose siervo, es el modelo perfecto de la humildad.

a. *¿Cuáles son los síntomas o señales de la humildad?*

La humildad se revela en el modo de relacionarse con uno mismo, con los demás, con el mundo y con Dios. En su libro, *Atraídos por lo humilde*, Marta Medina Balguerías asocia la humildad con la verdad y la delicadeza y observa que suele llevar a una entrega de uno mismo en el servicio de los demás. Escribe:

“La persona humilde es aquella que conoce la verdad sobre sí misma. Esto supone reconocer sus virtudes y sobre todo sus limitaciones, que es lo que suele costar

más. Y esa persona se relaciona con las demás con delicadeza, respetando la verdad de los otros y sin pretender imponerles sus intereses ni su criterio. Esto la lleva, normalmente, a entregarse por los demás y a ponerlos muchas veces por delante de sí misma”⁷⁹.

La humildad se demuestra en un trato atento, sencillo, respetuoso e incluso reverente con los demás, con uno mismo y con Dios. Implica y se revela en la apertura a la alteridad, a la existencia real y válida de otros (y del Otro) que no soy yo y que muchas veces no son *como* yo. La persona humilde es capaz de verse como parte de la comunidad humana sin pretender ser el modelo que marca la regla para todos los demás. Implica una apertura a la anchura de la verdad, una acogida de la parcialidad de lo que uno mismo ve y entiende. En otras palabras, la persona humilde se sitúa en su justo lugar y vive en la verdad. Por eso, no se acompleja ni se esconde ni busca ser ni más ni menos de lo que es. Su manera de estar en el mundo se caracteriza por la sencillez y la autenticidad.

La persona cristianamente humilde sabe que el modelo para la humanidad es Otro -Cristo- y aprende de Él cómo vivir. Acoge la vida como don y cuenta con la gracia. Acepta la supremacía de Dios y se dispone para servirle. Esa postura abre un horizonte de confianza y esperanza que permite que uno viva con un sentido de aventura. Si Dios es Señor de todo, significa que, a pesar de toda evidencia, la historia de los hombres es historia de salvación, en la que el amor pesa más que sus contrarios. Reconociéndose hijo, uno cuenta con el amor y la gracia de Dios. En otras palabras, la humildad nos permite acoger con ilusión y sinceridad la promesa de Jesús sobre la naturaleza de Dios y de la vida verdadera. Actúa como llave de la puerta del Reino porque posibilita el volver a ser como niños. Confiando en la promesa, aun cuando llega la cruz, la persona humilde se vuelve capaz de jugarse la vida con Cristo.

La humildad afecta y repercute en todos los aspectos de la persona. Afecta a la *memoria*, al poder ver en la propia historia la mano de Dios que ha ido regalando y renovando la vida. Representa un modo particular de *entenderse* a uno mismo, a Dios y al mundo. Implica la *voluntad* porque es el trasfondo desde lo cual uno desea, razona, elige y actúa y, así, repercute en la manera en que uno emplea su libertad. La postura y actitud de María, que recuerda las maravillas del Señor, que se entiende como sierva amada y que, con su “Fiat”, se somete libremente al querer de Dios, es modelo de la humildad cristiana.

⁷⁹ Medina Balguerías, M., *op. cit.*, 31.

2.2 La humildad en los *Ejercicios Espirituales*

La humildad juega un papel clave en la dinámica de los *Ejercicios Espirituales*. Es “la actitud característica fundamental que capacita a la persona para que alcance su fin, que es «alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima» [Ej 23]”⁸⁰.

Estudiaremos el concepto de humildad en los *Ejercicios* en general y luego como se concreta, en una forma novedosa, en las Tres Maneras de Humildad [Ej 165- 167]. Para mejor entender su papel en la espiritualidad de Ignacio y en sus *Ejercicios*, es preciso tener en cuenta el pensamiento que le precede. Ignacio opera dentro de la tradición de la espiritualidad cristiana medieval, específicamente en la línea marcada por el pensamiento de Santo Tomás y de San Bernardo. En esa tradición, se manejaban cuatro acepciones principales respecto al concepto: primero, como virtud contrapuesta al orgullo, a la autosuficiencia y a la vanidad; segundo, como referencia a la condición creatural del hombre y su correspondiente dependencia y subordinación a Dios; tercero, como una manera de asemejarse a Jesús, quien se abajó y se humilló como expresión del amor gratuito de Dios; cuarto, como principio evangélico, desplegado en el servicio, que ha de fundamentar las relaciones dentro de la comunidad cristiana⁸¹.

Detengámonos en cómo este valor aparece y actúa en los *Ejercicios*.

La Primera Semana adecuadamente experimentada, ayuda al ejercitante a “tomar conciencia de la presencia del pecado en él y en la historia como un conflicto permanente cuya salida feliz es posible”⁸², no contando con su propia fuerza y mérito sino acogiendo la salvación alcanzado por Cristo. Tras haberse confrontado con el pecado personal y social y haber contemplado sus consecuencias desastrosas, uno se encuentra cara a cara con Cristo misericordioso puesto en cruz [Ej 53]. Este encuentro finaliza con la interpelación sobre lo que uno debe hacer por Cristo, fruto de la gratitud humilde del que se sabe salvado y perdonado. En el segundo ejercicio, el ejercitante es invitado a “mirar quien (es) disminuyéno(se) por ejemplos” [Ej 58]. Sigue la pregunta, “pues yo solo ¿qué puedo ser?”; y la admiración sobre el hecho de que, a pesar de toda la “corrupción y fealdad corpórea” y “tantos pecados y tantas maldades”, la tierra “no se abrió para sorber(lo)” [Ej 58; 60], pues el Señor le “ha dado vida hasta ahora” [Ej 61]. Los coloquios

⁸⁰ Fullam, L.A., “Humildad”, en *DEI*, 957.

⁸¹ Aquí citamos casi directamente de: Domínguez, C., “Las Tres Maneras de Humildad: Una relectura desde la teología y el psicoanálisis”, *Manresa* 68 (1996), 287-303.

⁸² Émonet, P., “Primera Semana”, en *DEI*, 1478.

vuelven al ejercitante cada vez al abrazo de Dios (a veces el Padre, a veces el Hijo, a veces ambos). En algunos coloquios María le acompaña y en otros se acerca sin mediación. Todo el movimiento de esta Semana ayuda para situar el ejercitante plena y humildemente en su realidad pobre y necesitada de salvación. A la vez suscita y refuerza un sentimiento de gratitud y esperanza y el deseo de enmendarse y ofrecer algo a Cristo considerando todo lo que Él ha hecho “por mí” [Ej 234].

Como ya hemos señalado, Cristo es el modelo de la humildad perfecta. Se aprende mirándole a Él. En la Segunda Semana, uno pide “conoscimiento interno del Señor” [Ej 104], petición que se reformula en las Semanas tercera y cuarta cuando se demanda “dolor con Christo doloroso...” [Ej 203] y “gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Christo nuestro Señor” [Ej 221]. Las contemplaciones de los misterios de la vida de Jesús están llenas de gestos, palabras y signos de la humildad:

“Christo nuestro Señor” envuelto en paños y puesto en el pesebre [Ej 264-265]; la ofrenda de “un par de tórtolas o dos hijos de palomas” en el Templo [Ej 268]; la vulnerabilidad de la sagrada familia, amenazada y obligada a huir [Ej 269]; Jesús que obedece a sus padres [Ej 271]; que lava los pies de sus discípulos y de Judas [Ej 289]; que obedece el Padre [Ej 290]; que se deja besar por Judas [Ej 291], que es atado, maltratado, insultado [Ej 292; 295], acusado, rechazado [Ej 293; 295] y despreciado; que guarda silencio ante sus acusadores [Ej 294]; que es crucificado entre ladrones [Ej 296]; que muere perdonando y entregándose en manos del Padre [Ej 297].

La imagen de Jesús pobre y obediente que surge de estas contemplaciones es aún más llamativa cuando se la considera al lado de las muestras de su divinidad. Es él mismo que:

calma la tempestad [Ej 279] y anda sobre el mar [Ej 280]; multiplica los panes [Ej 283]; conversa con Moisés y Elías y es identificado como el Hijo amado de Dios [Ej 284]; resucita a los muertos [Ej 285]; es resucitado, aparece a sus seres queridos [Ej 299-310]; rescata a los santos del limbo [Ej 311]; asciende al cielo [Ej 312].

En estas escenas, María y los personajes secundarios se unen con Jesús para ejemplificar para el ejercitante esa actitud central:

El Fiat de María ante el ángel [Ej 262]; le reverencia de los reyes ante el niño [Ej 267]; la reticencia de Juan a la petición de bautismo [Ej 273]; la condición “ruda y baja” de los apóstoles [Ej 276]; los apóstoles enviado a predicar sin oro ni plata,

exhortados a ser sencillos y prudentes [Ej 281]; Magdalena besando los pies de Jesús [Ej 282].

Tanto el contraste entre el señorío legítimo de Jesús y la pobreza y obediencia que libremente asume como el ejemplo de los otros personajes en estas contemplaciones resalta la humildad como actitud indispensable para los que deseen seguir a Cristo. Su contrario es ilustrado claramente por los ángeles de la Primera Semana que, “no se queriendo ayudar con su libertad para hacer reverencia y obediencia a su Criador y Señor, viniendo en superbia, fueron convertidos de gracia en malicia” [Ej 50].

No se puede tratar el tema de la humildad en los *Ejercicios* sin examinar el conjunto de cuatro ejercicios no bíblicos que precede al tiempo de elección: el Llamamiento del Rey Temporal, Dos Banderas, Tres Binarios y Tres Maneras de Humildad. Estos ejercicios son densos en significado y esclarecen la función de la humildad en la espiritualidad ignaciana⁸³.

En la primera meditación, el ejercitante se acerca a Cristo y a su llamada primero a través de la figura de un rey temporal. Se trata de un rey bueno, generoso y cercano que invita a sumarse a su misión de “conquistar toda la tierra” compartiendo la suerte, los trabajos y la victoria [Ej 93]. Es una llamada atractiva que suscita fervor romántico en el ejercitante. Este fervor se traslada a la segunda parte de la meditación en que es Cristo, rey eterno, quien convoca. El ejercitante tiene aquí la oportunidad de considerar lo que sería una oblación de “mayor stima y mayor momento” [Ej 97], cuyo contenido se asemeja al deseo que se encontrará en la Tercera Manera de Humildad. En ella, uno se determina deliberadamente (construcción fuerte en el contexto de los *Ejercicios*) a imitar a Cristo, pasando “todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como spiritual” si es que Cristo desea recibirlo en tal estado, y se favorezca su “mayor servicio y alabanza” [Ej 98]. Aquí se ensaya la disponibilidad radical y el elegir según el solo criterio del magis, el mayor servicio y alabanza divino.

En la meditación de Dos Banderas, la humildad de Cristo se va poblando con rasgos concretos. Viene vestida de pobreza y menosprecios. En este ejercicio, los tres escalones de la bandera de Cristo aparecen en oposición directa con los de la bandera de Lucifer (“pobreza contra riqueza... oprobrio o menosprecio contra el honor mundano... humildad contra la soberbia” [Ej 146]). “El contraste central de las dos fuerzas (y por consiguiente la raíz de la elección fundamental que el ejercitante se está preparando a hacer) es la del

⁸³ En nuestra descripción de los tres primeros ejercicios, seguimos la línea de Lisa Fullam en “Humildad”, en *DEI*.

orgullo *versus* la humildad”⁸⁴. Aquí se aprende que la humildad tiene una potencia fecundadora importante ya que es plataforma para todas las demás virtudes.

En la meditación de los Tres Binarios, el ejercitante mide su nivel de libertad interior ante la elección, considerando tres modos de situarse respecto a una adquisición muy atractiva, pero ganada de forma “no pura o débitamente” [Ej 150]. Los tres tienen en común el querer “salvarse y hallar en paz a Dios nuestro Señor, quitando de sí la gravedad e impedimento que tiene para ello, en la afección de la cosa adquirida” [Ej 150], pero proceden de formas diversas. El primero no pone medios para lo que quiere hasta la hora de su muerte. El segundo busca quitar la afección desordenada y, a la vez, asegurarse que pueda quedarse con el dinero. El tercero pone medios para llegar a la verdadera indiferencia, queriendo “solamente quererla o no quererla, según que Dios nuestro Señor le pondrá en voluntad, y a la tal persona le parecerá mejor para servicio y alabanza de su divina majestad” [Ej 155]. El tema principal de este ejercicio no es la riqueza contra la pobreza (se admite la posibilidad que el dinero en juego podría ser empleado en el servicio y alabanza de Dios), sino la indiferencia y la orientación del corazón. Lo que se busca es que el ejercitante aprenda a guiarse solamente por el magis de servicio y alabanza divino. Finalmente, la consideración de las Tres Maneras de Humildad recoge y profundiza los distintos elementos de las otras tres meditaciones con el propósito de ayudar al ejercitante a “affectarse a la vera doctrina de Cristo nuestro Señor” [Ej 164]. Examinaremos este ejercicio con más detenimiento en la sección siguiente.

En resumen, tanto en la tradición cristiana en general como en la espiritualidad ignaciana, la humildad es imprescindible para la imitación y seguimiento de Cristo. Los *Ejercicios*, que buscan ayudar al creyente a orientar su vida según la voluntad divina y llegar a ser capaz de elegir solamente mirando el fin para que es creado, entienden esta virtud como actitud primordial. La humildad, a que aspira el ejercitante, es inspirada por y modelada según el ejemplo de Cristo y, como veremos, llega a su plenitud en la identificación con Él.

a. Las Tres Maneras de Humildad

En su formulación de las Tres Maneras de Humildad, Ignacio desarrolla una línea marcada por San Benito, quien articula diversos grados de humildad procedentes de entender el sentido de ésta como el ser creatural del hombre y su dependencia y sumisión a Dios. La novedad que introduce Ignacio a la estructura de San Benito es *la adhesión a*

⁸⁴ Fullam, L., “Humildad”, en *DEI*, 958.

Jesús humilde, la tercera acepción mencionada al principio de la sección anterior. La consideración de las Tres Maneras amplía y profundiza el significado de la respuesta humana frente a Dios, incluyendo y superando la mera obediencia y el mero sometimiento, y llegando a la *identificación* con Cristo.

i. Lugar y Función

La consideración de las Tres Maneras de Humildad juega un papel de suma importancia en la dinámica de los Ejercicios, atestiguada por su posición justo antes de la elección y por el triple coloquio que la acompaña. El triple coloquio señala los momentos más densos de significado e importancia en los *Ejercicios*. No es ni una meditación ni una contemplación, sino una *consideración*. En el contexto de los *Ejercicios*, este tipo de actividad orante suele ser “donde se realiza lo nuclear del ejercicio...y donde se espera que acontezcan las mociones que más tarde habrá que discernir para «buscar y hallar» la voluntad de Dios”⁸⁵. A diferencia con los otros ejercicios de la Segunda Semana, el de las Tres Maneras no tiene un lugar fijo, sino que el ejercitante es invitado a considerar “a ratos por todo el día” [*Ej* 164]. Corella indica que esto supone “un «magis» de tiempo” que habla del estar en un ámbito de gratuidad, “más allá de toda medida”⁸⁶, disposición que llegará a su plenitud en la Tercera Manera.

Los *Ejercicios* pretenden capacitar al creyente a “buscar y hallar” la voluntad de Dios para su vida y “el momento privilegiado y decisivo para descubrir la voluntad divina se da exactamente en el proceso de e(lección)” ...⁸⁷. Como indican los *Directorios*, antes de entrar en la elección, el ejercitante debe haber alcanzado, como mínimo, la segunda manera de humildad, la cual se caracteriza por la indiferencia frente a la materia de elección y el rechazo de todo pecado mortal y venial. La indiferencia es tan importante porque conlleva la libertad y la sencillez de intención [*Ej* 169] necesario para optar según la voluntad de Dios. Viene señalado desde en el PF como condición indispensable para caminar y elegir según “lo que más nos conduce para el fin que somos creados” [*Ej* 23]. Su reaparición en la segunda manera traza una línea entre el PF y la elección y pone sus criterios nuevamente ante los ojos del ejercitante.

ii. Las características de cada uno de los grados

⁸⁵ García de Castro, J., “Consideración” en *DEI*, 413.

⁸⁶ Corella, J., “Dos banderas y maneras de humildad como experiencia unitaria de pobreza de espíritu”, en *Ejercicios Espirituales y mundo de hoy*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1992, 160.

⁸⁷ Sampaio Costa, A., “Elección”, en *DEI*, 726.

En la primera manera, “necesaria para la salud eterna” [Ej 165], encontramos “una llamada al reconocimiento de nuestra entidad creatural”⁸⁸, lo contrario a la soberbia de los ángeles [Ej 50] presentada en la Primera Semana. La llamada se basa en una visión particular de la vida marcada por la convicción que todo lo que separe a uno de la acogida de su ser criatura en relación con el Creador, representa una pérdida radical de sí:

“así me baxe y así me humille quanto en mi sea posible, para que en todo obedesca a la ley de Dios nuestro Señor...aunque me hiciesen señor de todas las cosas creadas en este mundo, ni por la propia vida temporal, no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento...que me obligue a pecado moral” [Ej 165].

Acontece en el plano moral (aunque no legalista) y el foco de atención está puesto sobre la persona que se compromete con la ley de Dios. Este compromiso es algo que, en teoría, se debe haber alcanzado en la Primera Semana. Su reafirmación aquí parece señalar el reconocimiento de la naturaleza continua de la conversión a Dios⁸⁹.

Como ya hemos indicado, la segunda manera de humildad incluye la indiferencia además de un compromiso aun más radical con la ley de Dios. Representa una “*más perfecta humildad que la primera*”:

“si yo me hallo en tal punto que no quiero ni me afecto más a tener riqueza que pobreza, a querer honor que deshonor, a desear vida larga que corta, siendo igual servicio de Dios nuestro Señor y salud de mi ánima; y con esto, que por todo lo criado, ni porque la vida me quitasen, no sea en deliberar de hacer un pecado venial” [Ej 166].

La segunda manera no representa una simple incrementación en el grado de la vigilancia moral, sino que subraya la relación entre la libertad y el efecto perjudicial del pecado, por leve que sea. Subraya el vínculo entre la indiferencia y la descalificación de toda opción que se opone a la ley divina. Aquí la indiferencia es medio, no fin, ya que desaparece, dando paso a la preferencia apasionada, en el momento en que uno llega a entender lo que desea Dios de él. La indiferencia “se constituye como en un puente entre la sumisión a Dios bajo la ley y la adhesión a Cristo”⁹⁰, deseo que se manifiesta plenamente en la tercera manera. En la segunda, el foco de atención sigue siendo la persona misma, aunque ésta se ha abierto para percibir y abrazar la voluntad de Dios.

⁸⁸ Melloni, J., “Maneras de humildad”, en *DEI*, 1189.

⁸⁹ Cf. Melloni, J., “Maneras de humildad”, en *DEI*, 1189.

⁹⁰ Domínguez, C., “Las Tres Maneras de Humildad: Una relectura desde la teología y el psicoanálisis”, *Manresa* 68 (1996), 298.

El paso de la segunda a la tercera manera de humildad representa un cambio de foco importante, aunque la tercera engloba y eleva todo el contenido de las dos primeras maneras. En este grado, las consideraciones morales y racionales pasan a un segundo plano, detrás del deseo totalizante de la adhesión a Cristo que se convierte en motor principal del movimiento. Es “la loca gratuidad del amor” a Jesús pobre y humillado la que suscita el deseo que actúa como contrapeso del egoísmo natural y hace que el hombre “ya no se curva hacia sí, sino que se curva hacia la semejanza con Jesús”⁹¹. Con esa humildad “perfectísima”, la persona se pierde de vista a sí mismo y centra toda su atención en Cristo. Se da en cuanto,

“siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más actualmente a Christo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Christo pobre que riqueza, oprobios con Christo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Christo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo” [Ej. 167].

Cara a la elección, el deseo de la tercera manera orienta la persona, pero no se traduce en una opción automática prefabricada. La pobreza, los oprobios y el ser estimado por vano y loco no representan el fin en sí mismos, y tomados como tal, se convertirían fácilmente en ídolos. González Faus señala que:

“la referencia afectiva a Cristo es la única que puede liberar a esta postura tanto de un voluntarismo (que puede oscilar entre pelagiano y masoquista), como de una especie de “estética” de la propia libertad (que volvería a cerrar sutilmente al hombre sobre sí mismo), al sustituir a ambos por la ternura de la imitación del ser amado”⁹².

Las formas concretas cobran su justo valor cuando se considera que “no se elige la cruz; sino al Señor Jesús que, en su camino de liberación de la humanidad, se vio conducido a la cruz, los oprobios y el fracaso de su proyecto más íntimo y radical”⁹³. El deseo y la petición es de *ser elegido* “en esta tercera y mejor humildad” [Ej 168], pero eso depende del Señor. Es *Él* quien determina la concreción mejor de este deseo, la cual es entonces discernida y acogida por el ejercitante.

iii. ¿Maneras de qué exactamente?

⁹¹ González Faus, J. I., “De la indiferencia al tercer grado de humildad. Notas para una cristología de libertad”, *Manresa* 63 (1991), 253; 252.

⁹² *Ibidem*, 252.

⁹³ Melloni, J., “Maneras de humildad”, en *DEI*, 1191.

Hay una diversidad de opiniones entre los autores sobre como calificar las tres maneras de humildad. Algunos, como Fessard, Pousset y Faus hablan de grados de libertad y Domínguez las caracteriza como “una propuesta de liberación respecto a lo que más nos atenaza internamente: la fuerza del narcisismo y la resistencia a efectuar un reconocimiento de la realidad que nos trasciende”⁹⁴. Otros, como Guerrero, los concibe como tipos de amistad o de amor. Rahner y Brackley, ponen el énfasis en el servicio que nace del amor⁹⁵. Corella define la humildad y la pobreza como “una misma actitud”⁹⁶. Fullam concluye que el movimiento de las tres maneras representa “una paulatina purificación de la entrega a la obra de Dios...(que) consiste en fomentar en uno mismo el centrarse en el otro”⁹⁷. Esto nos sonará a la descripción, previamente citada, de la abnegación ignaciana de García de Castro.

Podemos reconocer un cierto mérito en las distintas opiniones presentadas. Aquí hablaremos de la humildad en clave de entrega sin excluir de forma rígida las otras intuiciones. Las perspectivas de Faus y Domínguez, quienes hablan en términos de un proceso de libertad, son también muy sugerentes y, a nuestra manera de ver, encajan en muchos puntos con las tres maneras como camino de purificación de la entrega. La libertad posibilita la entrega y, con la entrega irrestricta, “la liberación de sí misma a través de su aparente negación”⁹⁸ es solidificada y reafirmada. Podemos pensar en la relación amorosa con Dios como el contexto dentro de lo cual uno va avanzando en estos grados de humildad.

2.3 La vivencia de la humildad en Santa Rafaela

Ya que la humildad afecta a todas las dimensiones de la persona, no sorprende que, en la vida de Rafaela, se manifestara tanto en lo cotidiano como en lo excepcional y trascendental. Las palabras, gestos y todo el caminar de Rafaela transparentan un hondo conocimiento interno de Jesús y un amor agradecido y apasionado que desemboca en la imitación y la identificación con Él. Deseaba dejarse afectar hasta la raíz por la “vera doctrina de Cristo nuestro Señor” [Ej 164]. Sabía que solo en Él cobraba sentido lo que vivía. Solo en Él podría responder plena y generosamente a la llamada clara, desafiante e irresistible de hacer de su vida una ofrenda agradable a Dios y fecunda para los demás.

⁹⁴ Domínguez, C., “Las Tres Maneras de Humildad: Una relectura...”, 303.

⁹⁵ Fullam, L., *op. cit.*, 962-963.

⁹⁶ Corella, J., *op. cit.*, 162.

⁹⁷ Fullam, L., *op. cit.*, 963.

⁹⁸ González Faus, J. I., *op. cit.*, 256.

a) Características

Miremos algunas de las manifestaciones de la humildad en la vida de la Santa. Específicamente examinaremos su manera de vivir la sencillez, el perdón, la gratitud y la reverencia, y finalmente como la vida de Jesús y de los Santos (de manera especial, María y la sagrada familia) le inspiraban y alentaban en su camino de humildad.

i. La sencillez y la autenticidad

Hemos indicado que el modo de proceder de la persona humilde se caracteriza por la sencillez y la autenticidad. Recibiéndose como don, y contando con la gracia frente a sus limitaciones y su pecado, es capaz de acoger su realidad sin esconderla ni angustiarse. No busca competir ni defenderse ante los demás, sino los mira con reverencia y misericordia. Eso se traduce en honestidad y delicadeza en el trato con ellos.

Las cartas de Rafaela revelan una gran libertad al momento de expresarse y una capacidad, nada común, de transmitir mensajes difíciles con claridad, pero sin lastimar. José Luis Martín Descalzo describe su forma como marcada de una “sinceridad radiante” y una verdad “siempre seca, pero no hiriente; dolorosa, pero no resentida”⁹⁹. Lo cierto es que escribe con una franqueza que encanta a la vez que estimula, tanto en momentos de paz como en momentos de gran tumulto.

En una carta dirigida a la superiora de una de las casas, entre preguntas sobre las finanzas y la salud de las hermanas, inserta estas líneas de dirección espiritual:

“Ese estado en que se encuentra su alma, en parte es efecto de su muchísima falsa humildad, que la entristece cuando no ve el resultado próspero de sus deseos; sea usted verdaderamente humilde y no la entristezcan las contradicciones, antes alégrenla, que es la señal que Dios quiere desnudarla de sí misma para que reciba con gratitud lo que se le da, sin mezcla de afectos naturales”¹⁰⁰.

Rafaela anima a esta hermana a salir de la falsa humildad, que define como una situación en la que uno se queda atado a los propios criterios e indicadores de éxito y se protege ante cualquier ocasión de revelarse como imperfecto, necesitado, no seguro; en la que las adversidades representan amenazas para ser eliminadas o evitadas, a toda costa, porque alteran los propios planes. La estimula a buscar la humildad auténtica y liberadora que permite que uno confíe en medio de la adversidad porque sus aspiraciones están apoyadas en Dios. Humildad que aviva la creatividad y la colaboración y neutraliza el miedo a

⁹⁹ Martín Descalzo, J. L., “Prólogo”, en *PDH*, (Yañez, I., ed.), (Madrid: ESC, 1989), XV.

¹⁰⁰ Carta a la M. María del Salvador (1887), *PDH*, n°193, 311.

fracasar, pues la persona verdaderamente humilde reconoce que ya no trabaja por sí sino por Dios que, contando con el mejor esfuerzo de la criatura, suple con la gracia lo que en la naturaleza falta.

Y en 1890, dos años antes de dejar el cargo de General, escribe otra carta, esta vez dirigida a su hermana. La incluimos casi entera porque toda ella demuestra la manera limpia y directa cómo enfrenta las situaciones duras:

“Mi querida hermana: Como en mí no hay fe en la Congregación, ni en mis disposiciones, para eso de las Hermanas que usted necesita y para todo lo demás, a mi vuelta (...) Dios mediante, nos reuniremos en Bilbao o Zaragoza (...) y allí se tratará eso y todo lo que ustedes y yo tengamos, para ver si entramos en caja y en paz, que es lo que importa; porque esta situación mía no es posible sostenerla más. A mí dicen ustedes que Dios me ha puesto, y ni por obras ni por palabras me lo demuestran, sino siempre golpeándome, cuyos golpes se oyen muy claros en toda la Congregación y en los de fuera. Y cada día se va sembrando, por el malestar que en ustedes se nota, una clase de amargura, que ya se tiene como a delito hasta el nombrar mis obras, y no se comunican las alegrías como antiguamente. Usted, hermana mía, siempre escribe hiriéndome hasta en lo más vivo, a mí y a todas de mí. ¿Usted ve que pueda yo continuar en esta situación, no por mí, sino por la Congregación? Pues acábenme de echar de buenas del cargo y no me opriman tan sin tregua, sin por esto curar el mal.

La fotografía, para Isabel. El rosario irá, si lo puedo comprar, que ahora estamos cuatro enfermas.

Abraza a usted en Jesús su hermana”¹⁰¹.

La humildad no se puede separar de la verdad, aunque tampoco la utiliza como arma. Sin acritud, pero con una claridad tremenda, Rafaela nombra el problema y pide colaboración para solucionarlo, apelando al deseo compartido de fortalecer el Instituto y cumplir la voluntad de Dios a través de él. Asumiendo la situación, insiste en que es insostenible, no solo para ella, sino también, y más importante, para el Instituto, que sufre a causa del “malestar” y “amargura” que caracterizan la actitud y actuación de las Asistentes. Evita por completo entrar en una lucha de voluntades y se desprende de cualquier pretensión de vindicarse. A la vez, no pretende ser un heroísmo estoico y admite que, ella también, está siendo herida. Con todo esto, mantiene la puerta abierta a la reconciliación y no

¹⁰¹ Carta a su hermana (1890), *PDH*, n° 293, 461-462.

descuida los pequeños detalles que transmiten un cariño que no se extingue a pesar de todo.

La autenticidad, el desprendimiento, el rechazo de la autojustificación y el enfoque singular en el bien común y en la voluntad divina, que brillan en esta carta, revelan la presencia en Rafaela de una madurez y una humildad tremendas.

Quizás una de las claves de su sinceridad y magnanimidad era la apertura frente a la realidad, la cual apreciaba en toda su anchura. No pretendía decir la palabra final sobre los asuntos y tenía una gran capacidad de considerar otras perspectivas y de tolerar la ambigüedad. Pues, para ella, solo Dios ve todos los ángulos de una cuestión, y nuestra mirada siempre es parcial. Con esa apertura de fondo, ella ofrecía la verdad que veía, escuchaba lo que veían los demás y, exponía todo ante el Señor, buscando el camino de la mayor gloria y servicio divinos. Esta es la esencia de la escucha obediente y del discernimiento en común. Sin esta sencillez y autenticidad, la vivencia del discernimiento y la búsqueda común de la voluntad de Dios, se vuelven inaccesibles. Las mociones quedan bloqueadas o perdidas en un laberinto de intereses y motivaciones mezcladas con las mociones procedentes de Dios que el discernimiento pretende identificar para secundarlas. Proceder con la necesaria sencillez de intención exige una dosis importante de humildad en todos los implicados en un discernimiento.

Las perspectivas de los demás informaban también sus discernimientos personales y se abría a lo que ellos le podrían enseñar sobre sí misma. Esa apertura se extendía a las críticas más duras de las que era objeto. En sus apuntes de los *Ejercicios* de 1890, pide luz porque teme “*ir engañada como algunas personas muy buenas más de una vez me lo han dado a entender*”¹⁰². Confiaba en que Dios actuaba a través de las personas y eso le impulsaba a no aferrarse del todo a su propia visión y versión de los acontecimientos.

ii. *El perdón*

Vinculado con la apertura a la realidad compleja y plural en que habitaba, Rafaela demostraba también una capacidad extraordinaria del perdón, que pone de relieve esa actitud de humildad que siempre la acompaña, y que es condición de posibilidad para otorgar el perdón y buscar caminos de reconciliación.

Veía que otras sufrían “para hacer(le) sufrir”¹⁰³ y sentía compasión de ellas. No negaba el dolor y la rabia que a veces surgían dentro de ella, pero no les entregó las riendas. La

¹⁰² *Ae* (1890), *PDH*, n° 10, 1043.

¹⁰³ *Ae* (1892), *PDH*, n° 16, 1064.

autenticidad de su práctica del perdón fue revelada en su constancia. Sólo esa actitud de humildad que supone el reconocimiento de la verdad propia y también de la ajena, mirando al otro con compasión hace posible el perdón.

Al final de su vida, días antes de morir, una hermana que le estaba cuidando le preguntaba si se acordaría en el cielo de la Madre Purísima, la General que había hecho todo lo posible para mantener Rafaela y su hermana al margen de la Congregación. Ella, sorprendida le respondió, “¿Pero usted cree que yo no quiero a la M. Purísima? Pues sepa que la quiero tanto, que hago sus cosas mías y las mías suyas”¹⁰⁴.

Una muestra clara de la reconciliación más completa (por ser mutuamente deseada) a la que conduce el perdón, y que pide un sustrato de humildad para poder sostenerse, se da en la relación entre Rafaela y su hermana, Dolores.

En 1902, después de una década en que Dolores había gobernado el Instituto, permitiendo, aunque pasivamente, que Rafaela fuera arrinconada y calumniada, inserta ahora en grandes dificultades y rechazos, en su tarea como general, escribe a Rafaela pidiendo perdón por la manera en que la había tratado. En medio de su propia pasión, tan parecida a la de su hermana, veía con claridad que había procedido injustamente. No tenemos la carta con que Rafaela le respondió, pero sí otra que escribió pocos días después. Es notable lo que dice y lo que calla.

“respecto de mí, no remueva, ni aun de palabra, menos de hechos, nada para devolverme lo que usted cree que me ha quitado. Todo esto debe usted dejarlo en un perfecto olvido, por lo menos por ahora: primero, porque no es necesario; segundo, porque perjudicaría a la Congregación, que no está más que para sostenerla como a un enfermo muy grave, con muchísima paciencia y fortaleza... no quisiera que usted se ocupase en volver por mí ni nada, sino que hiciese usted el gran sacrificio, sin apariencia, de someterse de lleno a la voluntad de las Asistentes, y hacer por reconciliar su benevolencia, que apareciese como si todo hubiese ya desaparecido, porque de otra manera, ni usted puede gobernar ni menos soportar la situación.”¹⁰⁵

Rafaela acoge a su hermana con una naturalidad que impacta y se dedica a animarla y aconsejarla. No aparece ni rencor, ni juicio. En los años posteriores, buscará alguna

¹⁰⁴ Yañez, I., *Cimientos para un edificio*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1979, 802.

¹⁰⁵ Carta a su hermana (1902), *PDH*, nº 507, 765. Si no fuera por el irrefutable testimonio de su vida, podríamos estar tentados a sospechar de la autenticidad de su desprendimiento, a preguntarnos si no tenía un poco de complejo de mártir. Sin embargo, su vida habla de un desprendimiento verdadero cuya solidez se comprueba por sus frutos- era para ella fuente de esperanza y generosidad, no un mecanismo agresivo pasivo que generaba tristeza y amargura.

manera de restaurar a su hermana en la Congregación y, pero cuando ve que esto no será posible, la animará continuamente a llevar bien la cruz. El deseo de ver realizada la voluntad divina y la convicción de que “donde no hay unión, no está Dios”¹⁰⁶ parecen actuar como el norte que orienta su corazón y no le permiten detenerse en reivindicaciones personales.

También en esta carta emergen rasgos de esa humildad posibilitadora de la reconciliación: En primer lugar, asumiendo la propia situación de marginación y olvido, porque “*no es necesario*” volver sobre ella, ni exigir ningún tipo de restitución para sí. En segundo lugar, poniendo la intención en el bien común, no en el suyo propio, consciente de que otra cosa “*perjudicaría a la Congregación*”. Y, en tercer lugar, reconociendo lo que en esta situación hay para su hermana de entrega sacrificial de sí, y de evidencia externa de fracaso: “*el gran sacrificio, sin apariencias*”. Es sincera y no pretende endulzar la situación con falsa esperanza, sino ayudar a su hermana a vivirla de la mejor manera posible. Las dos saben bien que habla de su propia experiencia.

En una carta de 1903 Rafaela anima a Dolores a tomar fuerzas del ejemplo de Cristo. La mayor de las hermanas era de un carácter obstinado y, por naturaleza, le costaba rendirse. Rafaela se preocupaba por su bien y por el daño que podía resultar para el Instituto, ya en un momento frágil, si decidiera luchar. Estas palabras, llenas de ternura y de humanidad, nos dan una ventana a la manera de la Santa de entender el perdón, desde la verdadera humildad, que le permite sostenerse “sujetándose a la poderosa mano de Dios”.

“...recurrámos a la vida de Cristo y de la Virgen, y sobre todo al pie de la cruz, y comparemos si nuestro dolor es semejante al de ellos.

Allí están, el Señor desnudo, lleno de llagas e insultado y despreciado por su mismo pueblo a quien tanto benefició, su Madre sola, desamparada, viendo aquella ruina ante sus ojos; y a pesar de eso, uno pidiendo perdón con un amor entrañable por los que lo habían puesto en aquel estado; más que perdón, excusándolos, y ella, adoptándolos por hijos, y de verdad. Pues imitemos estos modelos y sujetémonos a la poderosa mano de Dios con humildad, y santifiquémonos bien con estas pruebas, para que Dios saque de nuestras almas toda la gloria que se haya propuesto. Yo todos o casi todos los días rezo el viacrucis por esta intención, porque como el bocado es gordo, es preciso

¹⁰⁶ Carta a su hermana (1889), *PDH*, n° 226, 363.

reforzarse bien para pasarlo. Pero mirando al Señor se adquieren fuerzas ¡y tantas!”¹⁰⁷

Por fin, miremos unas palabras breves dirigidas a su hermano en 1894 que reflejan una sabiduría sencilla, práctica, para reconocer la praxis que nace cuando el perdón es auténtico y nace de un corazón humilde:

“¿Estás ya en buena armonía con el Sr. Cura? Eso es lo que yo quiero, no sólo que des ese buen ejemplo, sino que te aproveches a ti mismo, pues como sabes a Nuestro Señor es lo que más le disgusta, que nos mostremos disgustados con quien, aunque nos hubiese ofendido. Perdonar siempre, hermano mío, y no sólo con el corazón, que eso sé yo que te falta tiempo para hacerlo, pero también con la obra, dando pruebas de que todo se te olvidó”¹⁰⁸.

Perdonar no era algo forzado para Rafaela. No se hizo violencia a sí mismo en el proceso. Al contrario, perdonar formaba parte de su respuesta de amor al amor de Dios y así representaba algo totalmente coherente con su deseo más profundo iluminando el camino de humildad que siempre quiso transitar.

iii. Gratitud y reverencia

Como ya hemos visto, la conciencia de su ser pequeña era algo muy enraizado en Rafaela. Su rica vivencia de la paradoja de la íntima lejanía de Dios desembocaba en reverencia y gratitud. Ella misma asociaba la gratitud con la humildad: “¡Que feliz es la persona verdaderamente obediente, especialmente en las cosas espirituales! ¿Y por qué?, porque es humilde. Cualidad principal del humilde es ser obediente y agradecido”¹⁰⁹. De la obediencia ya hemos hablado en el capítulo anterior. Baste recordar el gran valor que la asignaba y la fidelidad con que la vivía. Aquí nos dedicaremos a examinar su vivencia del agradecimiento, como “cualidad principal del humilde”.

En 1888, Rafaela hizo el mes de Ejercicios en preparación para la profesión perpetua. Los pocos apuntes que conservamos de los primeros tres días, dedicados al Principio y Fundamento, nos brindan un rico contenido acerca de la manera en que Rafaela concebía el ser humano. Se maravillaba de que, a pesar de su ser “nada”, “barro”, ella y todas las creaturas, eran conocidas y deseadas eternamente por Dios, y dotadas con una inmensa dignidad:

¹⁰⁷ Carta a su hermana (1903), *PDH*, n° 517, 777-778.

¹⁰⁸ Carta a su hermano, Antonio Porras Ayllón (1894), *PDH*, n° 415, 638.

¹⁰⁹ Carta a la Comunidad de Córdoba (1884), *PDH*, n° 121, 188.

“Sin esperarlo sentí arrebatarse mi espíritu extraordinariamente a estas palabras que oía al leerme los puntos: que, como yo, habían ocupado la mente de Dios por toda la eternidad las criaturas, pero, en segundo lugar. Sentí una gratitud tal hacia Dios de la dignidad que había concedido al hombre, que se me arrancaba el alma”¹¹⁰.

El mismo día, reflexionando sobre la capacidad del “alma racional” como interlocutora de Dios, escribe:

“sentí el golpe de amor de por la mañana, acompañado de un conocimiento extraordinario de las perfecciones de Dios y de la hermosura del alma racional, con las relaciones tan íntimas que tiene Dios con ella, que sólo las extingue el pecado mortal, y éste no del todo”¹¹¹.

Dos años después, también en una de las primeras meditaciones de sus *Ejercicios*, se regocijaba al experimentar la generosidad y gratuidad con que Dios le enseñaba las “riquezas divinas”:

“Aquí sí entré de lleno: era contemplación altísima, pero como si me fuesen mostrando las riquezas divinas, penetraba sus grandezas con grandísima sutileza; tanto que, como ebria de tanta grandeza, veía a mi alma abobada mirando el rostro de Dios y otras veces riéndose como niña de que Dios tuviese tal dignación de darle tanta ciencia a un ser tan ignorante y tan miserable como soy yo”¹¹².

La antropología que manejaba Rafaela, informada –como estaba–por los *Ejercicios*, es optimista a la hora de mirar la dignidad del hombre y su capacidad como interlocutor de Dios: la criatura es capaz de Dios y Dios se relaciona de forma directa con su criatura. A la vez, entiende que, en el ser humano, toda capacidad viene solamente de Dios, como gracia. La esencia del hombre está “abocada a Dios, en dependencia de lo trascendente”¹¹³. Y esto, lejos de disminuirle, le infunde una gran dignidad. Rafaela gozaba intensamente de ese regalo. La preciosa expresión: “como ebria de tanta grandeza”, da cuenta de la gratitud que nace de este conocimiento.

De esta “cualidad del humilde”, que es la gratitud, brota la *reverencia*.

Rafaela miraba el mundo como empapado de Dios. Por un lado, la suya fue una mirada altamente realista y probada, pues había sido purgada de toda ingenuidad fácil. Por otro,

¹¹⁰ *Ae* (1888), *PDH*, n° 6, 1032.

¹¹¹ *Ibidem*, 1033.

¹¹² *Ae* (1890), *PDH*, n° 10, 1042.

¹¹³ Ruiz Pérez, F. J., “Hombre” en *DEI*, 944.

nada de lo que había vivido durante los largos años de padecimiento fue capaz de extinguir la actitud de reverencia que emergía desde su interior, al encontrarse constantemente inmersa en la presencia de Dios. Esta reverencia le permite reconocer que la entera creación es lugar de encuentro y alabanza a Dios, algo que expresa con la afirmación “estoy en este mundo como en un gran templo”. Todo es espacio sagrado que la mueve al agradecimiento y a la reverencia, pero esta sacralidad no puede confundirse con la idolatría. Se trata de habitar ese templo que es el mundo con la indiferencia que sitúa cada realidad en su orden y verdad, y con la libertad de los hijos. Así lo escribe en 1905:

“Debo vivir en este mundo pendiente de la sola voluntad de Dios, y jamás esclavizada a ninguna criatura que se interponga a esta independencia santa de los verdaderos hijos de Dios... Debo tener en todas mis acciones presente que estoy en este mundo como en un gran templo, y que yo, como sacerdote de él, debo ofrecerle continuo sacrificio en lo que me contrarían las criaturas, sean cuales sean, y continua alabanza en las que me satisfagan, y siempre todo a mayor gloria de Dios, que es el fin para que nos ha puesto en este mundo”¹¹⁴.

Sabiéndose hija de Dios y sacerdote en el templo del mundo, Rafaela no podía menos que adorar al Padre y buscar vivir con la libertad que le correspondía.

Quizás por esta razón le trastornaba *la falsa humildad*, a la que nos hemos referido anteriormente. No es una postura digna de los hijos de Dios que, tantas razones tienen para esperar en la generosidad del Padre y en su capacidad de realizar grandes obras, aun con instrumentos frágiles. Rafaela reconocía que estas tendencias muchas veces ocultaban un apego al propio querer e interés y una falta de confianza en Dios.

En los primeros años del Instituto, ella misma tuvo que enfrentarse con una fuerte resistencia a aceptar el cargo de General, a pesar de haber sido elegida, casi por unanimidad, por las hermanas. Sin embargo, estaba convencida de que, por pequeños que seamos los hombres “nuestras aspiraciones, apoyadas en Dios, deben ser muy grandes”. Nuevamente la humildad se distingue del empuñecimiento, y marca nuestra identidad verdadera, esa que nos permite ser lo que somos y a Dios obrar a través de nosotros. Eso sí, “no en las cosas ruidosas... (sino) en las virtudes pequeñas, ahí en lo chico, imitando a Jesús, María y José”¹¹⁵.

¹¹⁴ *Ae* (1887), *PDH*, n° 5, 1127.

¹¹⁵ Carta a la Comunidad de Córdoba (1884), n° 121, 188.

iv. *Humildad vivida en imitación de Cristo y los santos*

El ejemplo de Jesús, María y los santos informaba e inspiraba su modo de proceder, incluyendo su manera de entender y vivir la humildad. En los sufrimientos, acudía a ellos como intercesores y maestros en “la verdadera ciencia del padecer”¹¹⁶.

María fue para Rafaela madre, amiga y guía. En su artículo sobre la cuarta semana, Antonio Guillen describe la fortaleza de María como íntimamente vinculada a su capacidad de confiar y permanecer fiel en el momento más oscuro:

“La Madre de Jesús no se rompió aquel Sábado Santo porque supo esperar. Y esperar no era dar por seguro que el Padre evitaría que clavarán a Jesús en la cruz, o lo liberaría de ella una vez clavado, sino dejar en manos de Dios- ¡el Padre sabrá! - la perplejidad de un momento tan desconcertante. Sólo entonces la mirada hacia el Padre puede mantenerse intacta, y así el silencio de Dios se hace Palabra”¹¹⁷.

Esa misma descripción se podría aplicar a Rafaela, quien tomaba fuerzas y aprendía de la Madre de Dios. En 1903, contemplando la Anunciación, escribe:

“Ay, Madre mía, enséñame la preciosísima virtud del abandono completo en las manos de Dios, aunque todo el mundo, demonio y carne me inciten a sincerarme. Callar y fiar siempre; y no temer a nada ni a nadie. Dios saldrá en mi defensa y basta, decías Tú; y si no sale, hágase tu voluntad”¹¹⁸.

María le enseñaba cómo esperar y confiar: en su propio proceso interior de liberación y en la justicia amplia y amorosa de Dios que no la dejaría sin amparo.

Los sufrimientos de la sagrada familia le hablaban también de la realidad inevitable del sufrimiento y del mensaje de amor escondido dentro de las pruebas. Si ellos, siendo tan amorosamente apoyados por la mano de Dios, padecían, entonces claramente el sufrimiento no era señal de abandono por parte de Dios. Se regaña a sí misma por esperar un trato distinto. Contemplando la huida a Egipto en sus *Ejercicios* de 1893, reflexiona:

“Jesús, el rey del cielo, y su Santísima Madre y San José huyen porque así es la voluntad de Eterno Padre. Podía haberlo hecho invisible o castigado a los que le querían matar; mas no, manda huir a la suma omnipotencia. Por el viaje y allí en Egipto, ¿hizo milagros por sustraerlos de trabajos y molestias? Ni uno. Los trató y probó como a los más ínfimos de los mortales. ¿Y quiero yo para mí otra conducta? Humíllate, soberbia, y créete deshonrado cuando el Señor alivia tus

¹¹⁶ *Ae* (1898), *PDH*, n° 28, 1107

¹¹⁷ Guillen, A. “El proceso espiritual de la cuarta semana”, *Manresa* 79 (2007), 134.

¹¹⁸ *Ae* (1903), *PDH*, n° 32, 1117.

penas y no te trata como a sus más caras criaturas, como fueron el preciosísimo Jesús y la sua Madre santissima y San Giuseppe”¹¹⁹.

Casi parece que está recordándose de la advertencia de Jesús que “*le basta al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su amo*” (Mt 10,25). Resuena también aquí, la llamada del Rey temporal: “*quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etcétera; asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche, etc.; porque así después tenga parte conmigo en la victoria como la ha tenido en los trabajos*” [Ej 93].

La vida oculta de Jesús fue, para Rafaela una “mina de méritos”. Contempla como, por tantos años, los “más santos, más grandes y más sabios de mundo” vivían “como pasando inútilmente la vida”¹²⁰. Considera los 30 años en que Jesús “calla(ba) y casi no hac(ía) nada en la obra que su Eterno Padre le había confiado de la salvación e instrucción de todo el mundo”, y le pide su ayuda para vivir su “vida oculta” en humildad, como Él.

b) Maneras de humildad

En 1890, aparece por primera vez en los apuntes de Rafaela la referencia explícita a la aspiración a la tercera manera de humildad. A partir de ahí, se vuelve tema central en sus escritos espirituales, con algunos momentos especialmente fuertes.

Es interesante notar que la inspiración acerca de esta llamada a vivir este tercer grado de humildad, se le manifiesta en el contexto de la Eucaristía, al momento de comulgar. Jesús que se nos entrega en la Eucaristía fue, para Rafaela, fuente inagotable de alegría, sabiduría e impulso apostólico. Desde los principios y hasta nuestros días, la Eucaristía es eje fundamental cuya fecundidad empapa todos los aspectos del carisma de la Congregación que fundó Rafaela, junto con su hermana.

Después de la contemplación de las Dos Banderas, en la que Rafaela se propone “imitar en todo mi ser lo que en la bandera de Cristo se me enseña, especialmente mansedumbre y humildad en mi exterior, interior y obras”, describe su experiencia al comulgar así:

“sentí a Jesús en mi alma y estuve toda ella iluminada y recibiendo en mí los afectos de la unión con Jesús íntimamente, y entendí que mis ansias habían de ser por conseguir el tercer grado de humildad”¹²¹.

¹¹⁹ Ae (1893), PDH, n° 20, 1082-1083.

¹²⁰ Ae (1897), PDH, n° 27, 1103.

¹²¹ Ae (1890), PDH, n° 10, 1047-1048.

El contexto no es casual y nos arroja luz sobre la motivación al fondo de ese deseo que se volverá la búsqueda espiritual más determinante de la segunda mitad de la vida de la santa.

Como hemos visto, con las maneras de humildad, se trata de generar “una atracción tal hacia Jesucristo, que sea capaz de contrapesar la fuerza de las repugnancias”¹²². Esa atracción afianza a la persona para que no se eche atrás cuando se abraven las resistencias frente a la cruz. Culmina en el tercer grado, en que la persona “está tan entregada a Jesús que, con toda la intensidad de un amante romántico, se pierde en la imitación de Cristo”¹²³. Ya no ve más que a Él ni se mueve por ningún otro motivo que estar con Él, como Él en todo lo posible, si es que Él lo desea. La vivencia de este “más perfecto” grado de humildad acontece en el plano místico, caracterizado por la unión con Dios.

Por todo lo dicho, no sorprende que la Eucaristía, lugar privilegiado de unión, sea el contexto en que Rafaela vislumbra y siente la llamada a dejarse encender con el amor loco que caracteriza la tercera manera de humildad.

i. *El magis realizado en el minus*

La identificación con Cristo en la tercera manera de humildad se da específicamente *en su abajamiento*. En la lógica paradójica de la *kénosis*, es descendiendo que Cristo realiza la obra más grande. Es la lógica del *magis*, que, realizado en imitación de Jesús humilde, permea los Ejercicios. Rafaela vive ese mayor servicio y alabanza “como camino del «minus» en la máxima disponibilidad a la voluntad divina”¹²⁴. Martínez-Gayol describe la dinámica que caracteriza el *magis* en Rafaela como definida por un “más que exige el paso por lo menos. Camino de abajamiento y de pequeñez, que no se conforma sino con lo más. Uno y otro referidos y medidos por una absoluta apertura y disponibilidad a la divina voluntad”¹²⁵. Los escritos espirituales de Rafaela están repletos de expresiones que dan cuenta de esa disponibilidad y de su deseo de hacerse aún más dócil y presta en su respuesta a Dios.

Quizás sea importante aquí recordar que lo que impulsaba a Rafaela por este camino del *minus* no era un sentido exaltado del sufrimiento en sí, aunque sí una fuerte convicción de su gran valor, cuando es vivido junto a Cristo, a su modo (en todo lo posible), y

¹²² Ignacio de Loyola, *op. cit.*, nota nº 105, p. 243.

¹²³ Fullam, L., *op. cit.*, 964.

¹²⁴ Martínez Gayol, N., “Santa Rafaela María y las Reglas 11 y 12”, 60.

¹²⁵ *Ibidem*.

sostenida por su gracia. Eso y un “impulso irresistible de autodonación gratuita”¹²⁶ que le brotaba como respuesta a la experiencia viva y arrolladora del amor y grandeza de Dios. De hecho, en sus circunstancias concretas, hizo todo lo que podía para rectificar una situación verdaderamente dolorosa y confusa. El límite, para ella, fue causar daño a la unidad del Instituto, porque eso lo veía como claramente contrario a la voluntad de Dios. En este sentido se mueve dentro del más estricto espíritu ignaciano, pues también en los *Ejercicios*, Ignacio plantea una restricción en ese deseo de identificación con Cristo pobre y humillado, en la Oblación del Ejercicio del Reino [*Ej* 98], que formula así: «sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza», poniendo un límite a ese deseo de identificación con la pobreza y los oprobios vividos por Cristo. Este poner como condición el “mayor servicio y alabanza”, señala indudablemente –tanto en Rafaela, como en la propia vida de Ignacio– al daño al Instituto o a la Compañía, es decir, a lo que pueda resultar en detrimento de la misión¹²⁷.

Su entrega acontecía en un contexto marcado, por un lado, por la ausencia de posibilidades externas y, por otro, por la gran oportunidad, visible solo con los ojos de la fe, para vivir todo lo que le sobrevenía como vía de unidad con Cristo. La Tercera Manera de Humildad se convirtió para ella en la puerta de una entrega total y cuando la vida le brindó oprobios y el ser considerada como loca, los acogió libremente como dones para ayudarla en la realización de este fin, de su deseo más hondo.

Lo hizo consciente de que lograr habitar la tercera manera de humildad en plenitud no le era posible por sus propias fuerzas, sino como gracia. Tenía que ser elegida y lo fue. Ahora bien, sí se dedicó a hacer todo lo que estaba de su mano para disponerse. Rafaela vive esa “elección” por parte de Dios como signo de su amor predilecto para con ella y de su deseo de abrirle la puerta de la unión más íntima.

ii. Proceso progresivo

Esa dinámica se iba desarrollando y avanzando a lo largo de su vida. La lucha interior que implicaba, la repetición de los mismos temas de humildad, confianza y entrega año tras año en sus apuntes, ilustra la naturaleza paulatina del camino hacía el tercer grado.

En 1893, “En presencia de la adorable Trinidad, de la Santísima Virgen María y de toda la corte celestial” promete:

¹²⁶ Corella, J., *op. cit.*, 162.

¹²⁷ Véase a este respecto: Martínez-Gayol, N., «Todo como sintiere ser a mayor gloria de Dios N. Señor»: *Revista Estudios Eclesiásticos* 310 (2004) 413- 431.

“trabajar con toda mi alma en conseguir el tercer grado de humildad, por haber conocido hace tiempo y confirmado clarísimamente en estos santos Ejercicios ser ésta la divina voluntad y el medio único de alcanzar lo que el Sacratísimo Corazón de Jesús quiere de mí, que es un abandono completo a sus santas disposiciones, por difíciles y repugnantes que sean a mi voluntad rebelde y refinadísimo amor propio”¹²⁸.

La forma - escrita, firmada y fechada, con un principio y conclusión que recuerdan la fórmula de votos, invocando la Trinidad, la Virgen y toda la corte celestial- comunica el significado y el peso que Rafaela asigna esta promesa. El momento, casi exactamente un año después de llegar a Roma, es significativo. Ya ha tenido tiempo para captar las implicaciones de este cambio y puede ver con claridad que las condiciones externas “favorecen” la realización de la identificación actual con Cristo. Sus palabras revelan las ansias de la santa para acoger esta realidad, aprovecharla y quitar los obstáculos para una más plena y profunda identificación con Cristo. Sin embargo, sabe bien que eso no depende solo de ella. Termina este escrito suplicando humildemente “a Vos, Trinidad santísima, por la Sangre preciosísima de Jesús, (que) tengáis por bien aceptar esta mi promesa, y así como me habéis dado gracia para la desear y ofrecer, me la deis también abundante para la cumplir”¹²⁹. Al final, el tercer grado alcanza como don a la persona que Dios “quiera elegir” [Ej 168].

En 1903, diez años después de esta promesa y trece después de sentirse llamada a perseguir la tercera manera de humildad, Rafaela expresa:

“deseos vehementes de ser de los más allegados. ¿Y quién son éstos? Los que más tienen impreso el sello de la santa Cruz. Los más despreciados, humillados y perseguidos sin culpa. Esta es la gran sabiduría que yo amo tanto en abstracto y tan poco en la práctica. Confío en que el Señor fortificará mi buena voluntad, y su Santísima Madre y mía. Yo, por mi parte, haré por no rehusar humillación y pena que se me presente, dando gracias a Dios y rogando y haciendo todo el bien que pueda a los instrumentos de que su bondad se valga”¹³⁰.

Por un lado, indica la presencia ya de “deseos vehementes” de ser de los más despreciados, pero por otro, admite que este deseo todavía se formula más a nivel teórico que real. Rafaela es, quizás, exigente consigo misma, pero también muy lucida. Parece

¹²⁸ Ae (1893), PDH, n° 19, 1080.

¹²⁹ Ibidem, 1080-1081.

¹³⁰ Ae (1905), PDH, n°36, 1129.

indicar que tiene “deseos de más deseos” y busca que éstos se enraícen de forma más estable y práctica. El proceso de la entrega avanza lentamente, reflejo de la profundidad de sus dimensiones. La fidelidad en la espera, la petición de gracia, el esfuerzo constante de disponerse a progresar en la medida y manera en que Dios posibilita, son todos signos de la humildad.

De los últimos 20 años de su vida, conservamos muy pocos apuntes espirituales. Ya no deja por escrito descripciones detalladas de sus *Ejercicios*. Aunque puede ser algo arriesgado, dado la poca evidencia textual, proponemos que ese cambio puede ser, entre otras pistas, señal de un avance hacía el tercer grado. Nos explicaremos.

Hemos dicho que el tercer grado se caracteriza por un desplazamiento del foco de atención hacia Jesús. Nos preguntamos si, al llegar a cierto punto en su proceso, Rafaela sentía menos necesidad de examinar los detalles de su propia indiferencia y disponibilidad, de detallar sus fallos y pequeñez. Estos ya le eran bien familiares. Puede que la escasez de sus apuntes revele un paso desde la indiferencia hacía la identificación con Cristo, desde una mirada enfocada en su propio proceso hacia una absolutamente centrada en la persona de Jesús.

El único apunte de sus *Ejercicios* que tenemos de 1907 es un propósito que ella titula “Reforma” y que parece apoyar nuestra hipótesis. Escribe:

“Quiero ser este año la alegría del Señor. ¿Y quién me pondré por modelo? «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias», como dijo la voz divina del Eterno Padre indicando a nuestro Señor después que recibió el Bautismo, Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida.

¿Y qué añadió más el Eterno Padre? «A ése seguid». Este es mi modelo, bendito sea”¹³¹.

El tono de este párrafo es más suave. La santa se expresa en sentido positivo, sin hablar de obstáculos y resistencias, temas tan prevalentes en sus apuntes anteriores. Aquí no mira hacia sus propias flaquezas. Su enfoque está puesto en Jesús solo: “este es mi modelo, bendito sea”.

Y en 1914, nos deja otra muestra de un proceso no acabado, pero sí madurado:

“No encuentro (estorbos) en mi alma, está preparada a lo que su Dios quiera hacer de ella. Ve claro que en ella hay dos: una pésima y otra bonísima. La pésima son sus pasiones y malas tendencias, que las tiene, y grandes, para estar siempre con la frente por tierra.

¹³¹ *Ae* (1907), *PDH*, n°38, 1136.

La buena, en contraposición, excelente. Si no se engaña, muchas veces divinizada, y la superabundancia de gracia es el freno que refrena la pésima”.

Sus palabras nos hablan de una conciencia fina de la alteridad que existe dentro de su alma, alteridad que parece llevar con paz. Y la primera frase comunica una disposición serena, liberal, entregada.

iii. La pasivización de la entrega

Podemos considerar que, con el paso de los años, Rafaela asumió una postura más pasiva ante Dios y en su camino de seguimiento y santidad. La idea de “dejarse hacer” formaba parte de su manera de relacionarse con Dios desde muy temprano: las experiencias místicas que habían poblado de forma especial los años anteriores a su exilio y su continua experiencia de la grandeza de Dios y de su propia pequeñez le habían inculcado esa llamada de ser como “un poco de barro en sus manos”. Rafaela llega a articular que Dios le llamaba a ser santa y entendió que eso sería la mejor forma en que podrá servir a la Congregación y al mundo. En 1898 describe cómo entiende su parte en el proceso de santificación: el Señor “quiere que yo sólo me preste y El hacer todo lo demás, porque sabe que para sólo esto sirvo”¹³². Estamos una vez más ante una confesión en clave de esa humildad que caracterizó su vida, y que le permite reconocer lo que es ella y lo que quiere Dios, con paz y serenidad admirables. Aunque el deseo del abandono completo en manos de Dios era el gran tema de toda su peregrinación espiritual, su vivencia, en las circunstancias duras de su vida, se fue desarrollando y ahondando con el tiempo.

Su postura frente a las grandes preocupaciones también parece hablarnos de este proceso de pasivización que vemos como signo de humildad y entrega. Una de sus mayores inquietudes fue la salud de la Congregación. Había pasado tantos vendavales y disgustos relacionados con su gobierno y el de su hermana, y, a partir de la deposición de Dolores, cuando tomó el cargo la M. Purísima, acumularía suficientes razones para dudar tanto de sí misma como de su esperanza para el Instituto. Pero Rafaela confió en que “Dios, de pautas torcidas, saca líneas rectas”¹³³. A pesar de ello, también temía por la buena obra que el Señor había comenzado. Y a esta preocupación, se unía la del sufrimiento de su hermana, a causa de su deposición y progresiva marginación. Estas cuestiones, añadidas a su propia lucha interna, fueron causa de dolor y desasosiego para Rafaela.

¹³² Ae (1898), PDH, n°28, 1108.

¹³³ Ae (1904), PDH, n°34, 1123.

Sabemos que, en 1906, Rafaela se manifestó y pidió consejo al Visitador apostólico y al Cardenal protector sobre asuntos relacionados con el gobierno del Instituto. Esperaba poder rectificar un proceder poco transparente y rehabilitar a su hermana en la Congregación. No resultaron sus esfuerzos, y veía con claridad que su voz dentro y fuera del Instituto ya no tenía resonancia a causa del control que ejercía la nueva general y la manera en la que descreditaba ambas fundadoras. Aunque mantuvo una correspondencia que fue, por su parte, cordial y libre con la nueva general, su actuación externa relativa a la Congregación era nula. No cesaron sus deseos de trabajar para su bien, pero llega a entenderlos como una “tentación diabólica” que se oponía a lo que Dios le estaba pidiendo a través de sus circunstancias. En medio de este proceso fuerte y profundo de renuncia, abrazará otro papel - el de ser cimiento que sostiene el edificio con su silencio y solidez. En 1908, escribe a su hermana estas palabras:

“Nosotras estamos obligadas a esto como primeras del Instituto, los cimientos, que ni se ven, y si se vieran, ¡qué feos! piedras hechas pedazos y apisonados; y, no obstante, son los que sostienen el edificio, y cuanto éste más hermoso, los cimientos más hondos y más maltratados con el pisón. Nuestro Instituto es muy precioso, así que es preciso las primeras dejarnos bien apisonar por los instrumentos de que, Dios nuestro Señor se quiera valer, pues todo viene de su mano y Él lo dirige todo para su mayor honra y gloria...”¹³⁴.

Esa misión la llevó a cabo con esfuerzo silencioso y gran abnegación, pero, sobre todo, dejándose hacer e, incluso, dejándose pisar. Insistimos nuevamente que no estamos ante un signo de un masoquismo piadoso, sino de apertura a acoger “lo que fuera” si con ello pudiera más servir y dar gloria a Dios. Apertura enraizada en su experiencia de ser amada y llamada. No sufría sola, sino con Cristo, siempre sostenida por su amor que la iba configurando en una imagen más y más semejante a la suya. Confiaba sin límite en lo Dios podría hacer en un corazón disponible y humilde.

Su preocupación por su hermana, Dolores también sufrió un proceso de pasivización. Nunca se extinguió el gran cariño y solicitud que sentía hacia ella, pero la angustia que parece experimentar en los primeros años da paso a la petición confiada en favor de ella. Entre los pocos apuntes que tenemos de 1904, aparece una oración que ella concluye encomendando a Dios “mi alma, la de (Dolores), todo lo que tú sabes hay en mi alma que yo no sé descifrar. En ti confié ciegamente”¹³⁵. En otra oración redactada en 1906, no

¹³⁴ Carta a su hermana (1908), *PDH*, n° 586, 874-875.

¹³⁵ *Ae* (1904), *PDH*, n°34, 1124.

nombra a su hermana, pero podemos imaginar que la tenía en el corazón al ofrecerla. Pide “otra gracia. Que las que no consigan lo que desean, que humilde, paciente y resignadamente lo lleven como Vos, Jesús mío”¹³⁶. Y en 1908 su petición para su hermana no es prosperidad “sino santidad”¹³⁷.

Este movimiento interior y exterior desde más lucha, más ansias, más búsqueda hacia más confianza, más paciencia y más contemplación agradecida es coherente con una profundización de la entrega que tanto deseaba realizar a través de la Tercera Manera de Humildad. Su plan, su proceso, iban cediendo ante los de Dios y ella, al estilo de Jesús y de María, se dejaba guiar.

¹³⁶ *Ae* (1906), *PDH*, n°37, 1134.

¹³⁷ *Ae* (1908), *PDH*, n°40, 1138.

Conclusión

“Ceso, rogando a Dios nuestro Señor, por la su infinita y suma bondad, nos quiera dar su gracia cumplida para que su santísima voluntad sintamos y aquella enteramente cumplamos”¹³⁸. Con esa “cláusula final” (admitiendo ligeras variaciones) solía acabar sus cartas Ignacio de Loyola. Transmite de forma sucinta y elocuente aquello que, para él, fue lo nuclear de toda la vida de fe: la búsqueda y realización de la voluntad divina. Aquel querer divino que fue meta y norte del peregrinaje interior propuesto en sus *Ejercicios*, diseñados para ayudar a los hombres y mujeres a “buscar y hallar”, en libertad, las formas concretas en que Dios les llama a “alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor” [Ej 23].

En este trabajo hemos deseado acercarnos a los conceptos de humildad y abnegación, destacando su importancia en la vida de Santa Rafaela como manera de profundizar en su peculiar camino de santidad, exteriormente silencioso y pasivo e interiormente tan lleno de fervor y “acción”, todo orientado a la alabanza y servicio divinos. Llegó a entender su misión particular como “hacerse santa” a través de la entrega total y absoluta en manos de Dios. Esta entrega la asociaba con la tercera manera de humildad que buscaba con empeño enorme, pero también con un firme sentido de su total dependencia en la gracia de Dios: “cuando Dios no quería nada podía”¹³⁹.

Su búsqueda de santidad, tan apostólica como personal, estuvo motivada por el deseo de servir a Dios, y a Él a través de los hombres. Estaba convencida de que, en las circunstancias en que se encontraba, el mayor y mejor servicio vendría como fruto de la transformación que Dios iba obrando en ella, un proceso de conformación, de su propia voluntad y toda su persona, con la voluntad de Dios, revelado de forma definitiva en Cristo. El camino incluía dolor y oscuridad, que ella abrazaba en y con Cristo, sacando enorme fortaleza de su ejemplo, amor y compañía, de los cuales parece nunca haber dudado y los cuales llenaban de sentido todo lo que ella vivía.

La humildad y la abnegación fueron los instrumentos más potentes y necesarios para avanzar en este camino. La humildad como condición de posibilidad de la vivencia de la abnegación, disposición y práctica necesaria para dejarse sorprender, vaciar, llenar y

¹³⁸ *Eppistolae mixtae I*, 222, citado en Martínez Gayol, N., “«Dios nuestro Señor quiera mover mi voluntad» [Ej 180]: Voluntad general y voluntad particular en perspectiva ignaciana”, en *Dogmática ignaciana: «Buscar y hallar la voluntad divina» [Ej 1]* (Uríbarri Bilbao, G., ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2018, 97-132.

¹³⁹ *Ae* (1890), *PDH*, n°10, 1042.

conformar según el sueño siempre amoroso de Dios. Son los ingredientes más necesarios para una libre y generosa búsqueda de y respuesta a la voluntad de Dios.

En el “Preámbulo para hacer una buena elección” de los *Ejercicios*, encontramos la frase “el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado” [Ej 169]. Ese “para lo que soy criado” es introducido en el Principio y Fundamento y acompaña al ejercitante a lo largo de las cuatro semanas, actuando como horizonte que le pone delante una y otra vez su realidad (creatura en relación con el Creador) y su llamada (vivir y elegir en libertad, orientándose en todo según la mayor gloria y servicio de Dios, en imitación de Cristo). Salvo en algunos, muy santos, esa sencillez de mirada, necesaria para la elección y trabajada en los ejercicios que la preceden, requiere un proceso deliberado de cultivo que incluye un desplazamiento profundo (humilde, abnegado y confiado) del centro de la persona hacia Dios y su voluntad. Esa voluntad, ampliamente entendida, es la salvación, pero es también el contenido, más o menos explícito, de la llamada concreta de Dios manifestada en la vida de cada persona y comunidad ¹⁴⁰.

Esa simplificación de la intención se da junto con una unificación del corazón y de la vida en Dios. En la medida en que la persona se dispone, contando con la gracia, se va acercando más y más hacia la unión de voluntades, aquel encuentro armonioso que se daba en su estado perfecto entre Jesús y su Padre eterno. En ese proceso agraciado de conformación, la libertad permanece intacta a la vez que se somete (libremente) a Dios.

La incorporación de la propia voluntad en la voluntad divina abre una nueva posibilidad de unión entre la persona, Dios y el resto de la creación, que también está llamada a participar de esa única voluntad divina¹⁴¹. Con ella se crea una dinámica universal, infinita, que se da a través de la confluencia de las voluntades particulares en la voluntad

¹⁴⁰ Hay debate entre los autores sobre este punto. Martínez-Gayol defiende que San Ignacio concebía una voluntad particular que se manifiesta como “misión o tarea personal” regalada por Dios a cada individuo, evitando evidentemente interpretaciones deterministas. Para ahondar sobre este punto véase: Martínez Gayol, N., “«Dios nuestro Señor quiera mover mi voluntad» [Ej 180]: Voluntad general y voluntad particular en perspectiva ignaciana”, en *Dogmática ignaciana: «Buscar y hallar la voluntad divina»* [Ej 1] (Urbarri Bilbao, G., ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2018, 99-100.

¹⁴¹ Eso nos recuerda la intuición desarrollada en el “Sexto tratado” de Francisco de Osuna. Enumerando los distintos títulos de la oración de recogimiento, habla de la unión: “llegándose el hombre de esta manera a Dios, se hace un espíritu con él por un trocambio de voluntades que ni el hombre quiere otra cosa de lo que Dios quiere, ni Dios se aparta de la voluntad del hombre, más en todo son a una, como las cosas que perfectamente están unidas, que casi se niegan de sí y se conforman totalmente en un tercio... Y de esto resulta quedar el hombre unido consigo mismo y con sus prójimos; lo cual si todosuviésemos sería la muchedumbre de los creyentes un ánima y un corazón en el Espíritu Santo juntos, en el cual se hallan el Padre y el Hijo hechos un principio para lo producir, y él nos hace a todos una cosa por amor, para nos producir en gracia y reducirnos hechos uno a Dios, por o tener que llevar a cada uno por sí”. Cita de: Osuna, F., “Sexto tratado: la vía del recogimiento”, en *Místicos franciscanos españoles II: Tercer abecedario espiritual de Francisco de Osuna* (López Santidrián, S., ed.), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1998, 203.

de Dios. Esa dinámica supera la capacidad del entendimiento ordinaria del ser humano, pero quizás es vislumbrada en esas experiencias cumbres que denominamos “místicas”, cuando uno recibe, en forma de puro don, una iluminación a través de una experiencia de unión, que acontece en “un nivel de consciencia que supera la que rige en la experiencia ordinaria y objetiva”¹⁴². Recordemos la iluminación al lado del Río Cardoner de San Ignacio y la visión del torrente de amor de Rafaela –entre otros–, como experiencias que caben dentro de esta categoría de atisbos de la realidad profunda en que estamos siempre inmersas, pero normalmente no captamos del todo.

El tema de la unión posibilitada por la incorporación de la voluntad propia en la voluntad de Dios sería digno de otro trabajo fin de master. Aquí simplemente lo señalaremos muy brevemente, como tema de importancia especial para Santa Rafaela y realidad que promovía con su actuación humilde y abnegada.

Hemos visto que la unión entre las personas era, para ella, signo de la presencia de Dios y que estaba dispuesta a hacer grandes sacrificios para mantenerla y fortificarla. Evidentemente no hablamos de una uniformidad que elimina la diversidad, sino de una *comuni3n* que promueve la participaci3n libre y gozosa de los miembros y la comunicaci3n de alegrías y de verdades con franqueza y confianza. Una comuni3n en la que Cristo es el principio unificador. Como general, Rafaela animaba a las hermanas de la Congregaci3n a este fin y ponía gran énfasis en el “ir todas a una”. Así, estaba convencida, “saldremos con cuanto queramos, porque a Dios nuestro Se3or lo tenemos por nuestro”¹⁴³.

Rafaela se maravillaba de la gran variedad entre los seres humanos, reconociéndolos todos como hijos de Dios. Escribiendo a unas hermanas sobre lo vivido en un viaje cuenta: “Hoy nos hemos cruzado con un tren de peregrinos extranjeros, larguísimo, ¡qué trajes!”, y exclama, “¡cuántos hijos tiene Dios! Pidan por ellos; viendo mundo se aviva el cielo”¹⁴⁴. Su visi3n fue la de una hermana entre muchos hermanos, capaz de percibir y celebrar los vínculos de pertenencia a la familia de Dios que unían a todos, por dispares que pudieran parecer unos de otros.

¹⁴² Velasco, J., *El fenómeno místico*, Trotta, Madrid 2003, 23.

¹⁴³ Carta a la Comunidad de Córdoba (1884), *PDH*, n°121, 189. Ese “tener a Dios” habla de pertenencia a Él, de tenerlo por Padre, por Se3or, por Dueño y Guía. Y el “cuanto queramos”, entonces, es determinado exclusivamente por Su querer.

¹⁴⁴ Carta a las MM. María de la Purísima, María de la Cruz, María de San Javier y María del Carmen (1890), *PDH*, n°267, 415.

Sus experiencias místicas, a las que hemos referido, abrieron para Rafaela una ventana experiencial al misterio insondable de Dios que invita el alma a la unión. Es otra dimensión de la comunión que tanto valoraba y cultivaba, aunque en estos casos, le vino como puro don. Habla de “unión tan íntima que me saca de mí”, de “moción de espíritu con lágrimas dulcísimas...unión pasiva y tranquila” y de “la unión estrecha del sacramento indisoluble” entre su alma y Dios¹⁴⁵. ¿Podemos pensar que, a través de estas y otras experiencias, vislumbraba una realidad de comunión, en que ella misma participaba, que le atraía tanto que se convirtió en estímulo poderoso en su humilde y abnegado camino de entrega? Creo que no sería demasiado arriesgado afirmarlo.

Rafaela buscaba la voluntad de Dios y entreveía la posibilidad de una unión íntima, inclusiva, que abarcaba todo su ser y que la unía, en Él, con toda la creación. Sabía que esa unión, tan vinculada al destino humano y al deseo de Dios, estaba, muchas veces frustrada por la falta de amor, libertad, disponibilidad por parte de los hombres. Ella se había convencido de que esa unión, alcanzada solamente por el sometimiento de su voluntad a la de Dios, era posible y digna de todo su esfuerzo. Estaba dispuesta a “darlo todo” por ella, y así lo hizo. La humilde y abnegada ofrenda de sí fue aceptada y bendecida por su Dios y Creador. “Tomad, Señor, y recibid...” [*Ej* 234].

¹⁴⁵ *Ae* (1890), *PDH*, n°10, 1049; *Ae* (1888), *PDH*, n°6, 1032-1033; *Ae* (1890), *PDH*, n°11, 1053.

Bibliografía Consultada

Fuentes

COMPAÑÍA de JESUS, *Constituciones de la Compañía de Jesús*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1993.

ESCLAVAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, *Constituciones*, ESCJ, Roma 1983.

ESCLAVAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, *Reglas*, ESCJ, Roma 1954.

IGNACIO DE LOYOLA, *Obras completas* (Iparraguirre, I./Dalmases, C., eds.), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1977.

de OSUNA, FRANCISCO, “Sexto tratado: la vía del recogimiento”, en *Místicos franciscanos españoles II: Tercer abecedario espiritual de Francisco de Osuna* (López Santidrián, S., ed.), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1998, 197-214.

PORRAS, RAFAELA MARÍA, *Palabras a Dios y a los hombres: Cartas y apuntes espirituales* (Yañez, I., ed.), ESCJ, Madrid 1986.

Bibliografía Secundaria

AGUADO, MERCEDES, *Anotaciones sobre la espiritualidad de Santa Rafaela María del S. Corazón*, ESCJ, Roma 1977.

AMARAL BARBADO, JOANA, *El veranillo del alma: la experiencia de los Ejercicios Espirituales en Santa Rafaela María* (Trabajo Fin de Máster). Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 2015.

ARZUBIALDE, SANTIAGO, *Ejercicios Espirituales de San Ignacio: historia y análisis*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1991.

BONÉ PINA, IGNACIO, “Vulnerables y hospitalarios: espiritualidad ignaciana y alteridad”, *Manresa* 80 (2008) 109-124.

- CEBOLLADA, PASCUAL, “Del amor propio al amor de Dios: la abnegación en los Ejercicios Espirituales”, *Manresa* 73 (2001) 357-370.
- CORELLA, JESÚS, “Dos Banderas y Maneras de Humildad como experiencia unitaria de pobreza de espíritu”, en *Ejercicios Espirituales y mundo de hoy*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1992, 155-164.
- DOMÍNGUEZ MORANO, CARLOS, “Las Tres Maneras de Humildad: una relectura desde la teología y el psicoanálisis”, *Manresa* 68 (1996), 287-303.
- DOMÍNGUEZ MORANO, CARLOS, “Maneras de Humildad”, en *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Grupo de Espiritualidad Ignaciana (ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 1185-1192.
- EMONET, PIERRE, “Primera Semana”, en *DEI*, GEI (ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 1477-1481.
- FULLAM, LISA, “Humildad”, en *DEI*, GEI (ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 957-965.
- GARCÍA, RAFAEL, “¿Por qué es importante la mujer para la Iglesia?”, *Cuadernos de Teología* 9 (2017) 102-124.
- GARCÍA de CASTRO, JOSÉ, “El lento camino de la lúcida entrega”, *Manresa* 73 (2001), 333-355.
- GARCÍA de CASTRO, JOSÉ, “La libertad pasivizada: decisión y consolación en Ignacio de Loyola”, *Manresa* 83 (2011) 149-163.
- GARCÍA de CASTRO, JOSÉ, “¿Qué hacemos cuando hacemos Ejercicios?: La actividad del ejercitante a través de sus verbos”, *Manresa* 74 (2002) 11-40.
- GARCÍA DOMÍNGUEZ, LUIS MARÍA, “Afección desordenada”, en *DEI*, GEI (ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 91-95.
- GONZÁLEZ FAUS, JOSÉ IGNACIO, “De la “Indiferencia” al “tercer grado” de humildad. Notas para una cristología de libertad”, *Manresa* 63 (1991), 247-257.

- GUILLEN, ANTONIO, “El proceso espiritual de la cuarta semana”, *Manresa* 79 (2007), 127-138.
- IVANS, MICHAEL, *Understanding the Spiritual Exercises: a handbook for retreat directors*, Cromwell Press, Trowbridge 1998.
- KOLVENBACH, HANS, “Nuestra Señora en los Ejercicios Espirituales”, en *Decir...al Indecible* (Iglesias, I., ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1999, 133-143.
- MAESTRO ECKHART, *El fruto de la nada y otros escritos*, Ediciones Siruela, Madrid 1998.
- MARTÍNEZ GAYOL, NURYA, “<<Dios nuestro Señor quiera mover mi voluntad>> [Ej 180]: Voluntad general y voluntad particular en perspectiva ignaciana”, en *Dogmática ignaciana: <<Buscar y hallar la voluntad divina>> [Ej 1]* (Uríbarri Bilbao, G., ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2018.
- MARTÍNEZ GAYOL, NURYA, *El sentido apostólico de la adoración*, Sal Terrae, Santander 2019.
- MARTÍNEZ GAYOL, NURYA, “Santa Rafaela María y <<las Reglas 11 y 12>>”, en *El Cristo de Santa Rafaela: Jornadas de Espiritualidad*, ESCJ, Madrid 2004, 33-137.
- MEDINA BALGUERÍAS, MARTA, *Atraídos por lo humilde*, PPC, Madrid 2018.
- MONGILLO, D., “Humildad”, en *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, de Fiores, S./ Goffi, T. (eds.), Ediciones Paulinas, Madrid 1983.
- NICOLÁS, ADOLFO. (junio, 2013), “El liderazgo ignaciano”, conferencia llevado a cabo en Valladolid.
- O’MALLEY, JOHN, “Ignatius of Loyola (c. 1491-1556)”, en *Saints or devils incarnate?: Studies in Jesuit history*, Brill, Leiden 2013, 99-115.
- RAHNER, KARL, “La indiferencia y el más”, en *Meditaciones sobre los Ejercicios Espirituales* (Blajot, J., trad.), Herder, Barcelona 2014, 25-29.

RUIZ PEREZ, FRANCISCO JOSÉ, “Hombre”, en *DEI*, GEI (ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 942-947.

SALIN, DOMINIQUE, “Voluntad”, en *DEI*, GEI (ed.), Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 1787-1790.

VELASCO, JUAN MARTÍN, *El fenómeno místico*, Trotta, Madrid 2003.

YAÑEZ, INMACULADA, *Cimientos para un edificio: Santa Rafaela María del Sagrado Corazón*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1979.

Diccionarios, Léxicos y Concordancias

COVARRUBIAS, SEBASTIAN, *Tesoro de la Lengua Española*, ed. Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Madrid: Iberoamericana – Frankfurt am Main: Vervuert, 2006.

CROMINAS, JOAN y PASCUAL, JOSÉ (eds.), *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, Editorial Gredos, S.A., Madrid 1981.

ECHARTE, IGNACIO (ed.), *Concordancia Ignaciana*, Ediciones Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Maliaño 1996.